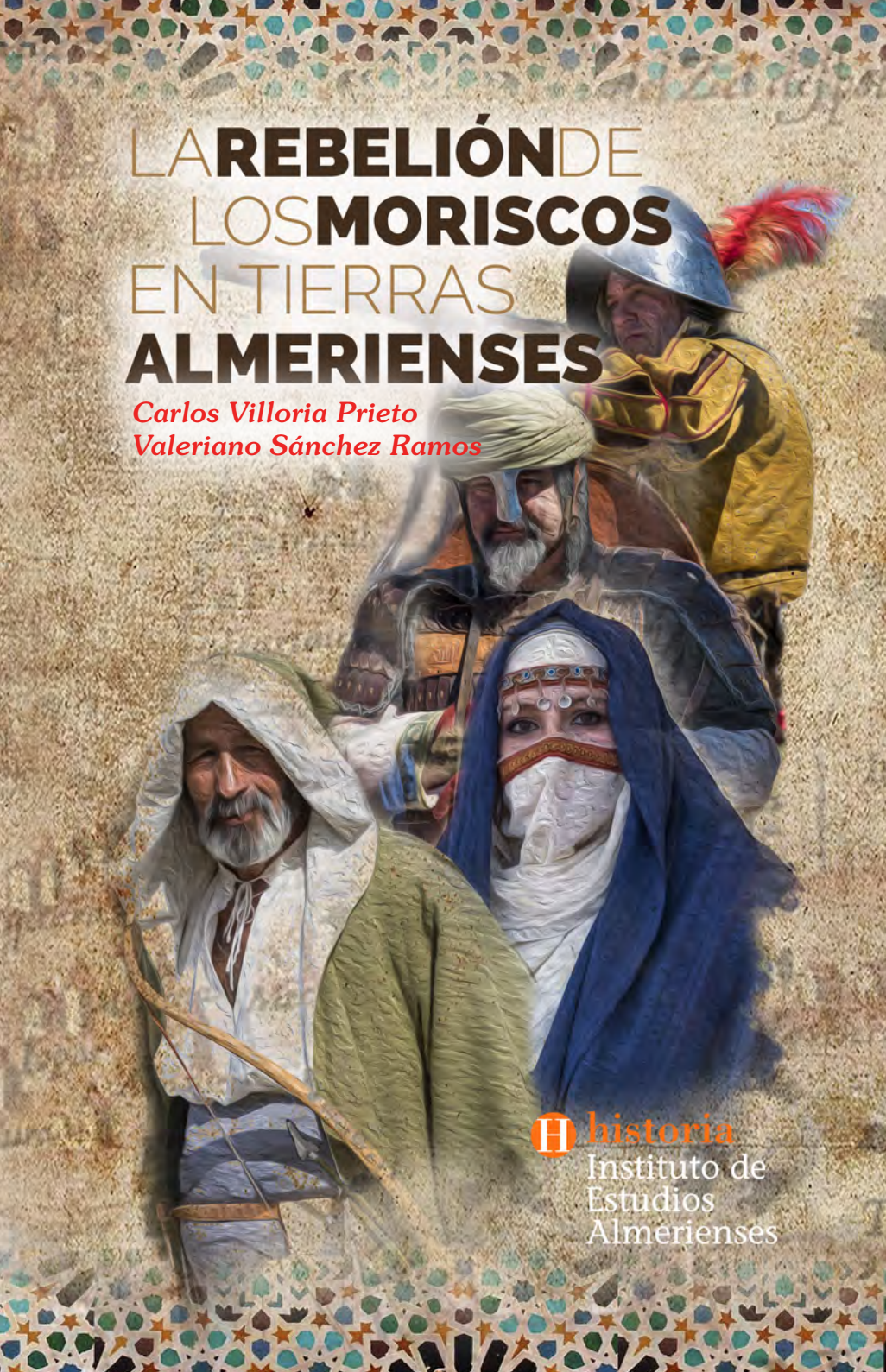
LA REBELIÓN DE LOS MORISCOS EN TIERRAS ALMERIENSES

Carlos Villoria Prieto
Valeriano Sánchez Ramos



historia
Instituto de Estudios Almerienses

LA **REBELIÓN** DE LOS **MORISCOS** EN TIERRAS **ALMERIENSES**

LA **REBELIÓN** DE LOS **MORISCOS** EN TIERRAS **ALMERIENSES**

Carlos Villoria Prieto
Valeriano Sánchez Ramos

DIPUTACIÓN DE ALMERÍA | 2020
INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
Colección Historia nº 71
La rebelión de los moriscos en tierras almerienses
© Autor: Carlos Villoria Prieto, Valeriano Sánchez Ramos.
© Ilustraciones: las mencionadas.
© Edición: Diputación de Almería. Área de Cultura y Cine.
Instituto de Estudios Almerienses
www.iealmerienses.es

ISBN: 978-84-8108-692-8
Dep. Legal: AL–1200–2020
Primera edición: junio 2020
Maquetación: Susana G. Almenzar. Servicios Técnicos del IEA
Imprime: Imprenta provincial
Impreso en España

Índice

Introducción	7
Los moriscos de la provincia de Almería	9
Antecedentes. La difícil convivencia	19
El estallido de la revuelta	27
El ejército morisco: campesinos y turco–berberíscos	37
El ejército realista: los temidos tercios de Italia	47
Las batallas de Serón	53
La batalla de Berja: Abén Humeya contra el marqués de los Vélez	63
Las tomas de Oria y Vera	73
Las Paces de los moriscos	83
La expulsión de los moriscos almerienses	93

Introducción

En el período comprendido desde 2018 hasta 2021 se cumplirán 450 años de este conflicto internacional que fue trascendente para la provincia de Almería. Un hecho que la historiografía califica como el episodio español de las contiendas de religión europeas.

En la noche de Navidad de 1568 la población morisca de muchos pueblos almerienses se levantó contra la Corona española y la Iglesia Católica, a quienes consideraban fuentes de todas sus desdichas. A las discriminaciones sufridas por la comunidad se habían sumado, en los años anteriores a la rebelión, la expropiación de tierras, la pobreza y la creciente represión inquisitorial.

El levantamiento de los cristianos nuevos, tras un conflicto largo y extenso por el territorio almeriense, fue aplastado en 1571. Sus bienes quedaron expropiados y la población fue deportada.

La guerra de los Moriscos y la posterior expulsión de esta comunidad del reino de Granada marcarán para siempre a esta provincia. Por un lado quedaron las bajas civiles y militares, fruto de las diferentes acciones de guerra; la riqueza perdida, el honor ultrajado; también el extrañamiento de la población autóctona y un territorio semivacío que se repobló con familias provenientes de los otros reinos peninsulares. De otro lado, no podemos olvidar el sino de las gentes que debieron empezar su vida en unas nuevas tierras. Muchos de los moriscos desterrados no llegaron a su destino, y otros no dejaron

de recordar su paisaje almeriense, sus leyendas y su cultura.

Hoy en día se hace preciso recordar conflictos pasados para construir la paz en un espacio que destaca por la multiculturalidad y pluralidad religiosa. Una provincia debe conocer su historia para proyectar un futuro de paz y convivencia.

Esta es la razón por la que el IEA ha apostado por esta conmemoración, que se llevará a cabo durante el presente año y el sucesivo. Su efeméride recuerda unos hechos que fueron trascendentales y marcaron tanto la historia como la cultura común del pueblo almeriense.

Los moriscos de la provincia de Almería

La población morisca de las tierras almerienses estaba constituida por los restos de población nazarí que quedó en su momento (1492) bajo jurisdicción a los Reyes Católicos. En sus inicios conservaron sus costumbres, lengua, religión, etc. gracias a las capitulaciones firmadas entre 1489 y 1491. Se trataba de una serie de acuerdos que pusieron fin a la guerra de Granada librada entre Isabel I, reina de Castilla, y Boabdil, sultán de Granada. Los pactos garantizaron una serie de derechos a los musulmanes, entre los que se cimentaba la tolerancia y un tratamiento justo en compensación por su rendición.

A partir de 1488, y en un proceso que duró apenas tres años, la actual Almería entró a formar parte de los territorios de Castilla y las capitulaciones específicas se efectuaron con los príncipes El Zagal y Çidi Yahya al–Nayyar, además de con el propio Boabdil. El proceso también trajo consigo, entre 1488 y 1502, la llegada de los primeros repobladores cristianos -si bien la población de la provincia almeriense continuó siendo de manera abrumadora musulmana.

Los nuevos gobernantes tenían el convencimiento de que los musulmanes en territorio cristiano se irían convirtiendo poco a poco a la fe de los conquistadores. Esta población recibió el nombre de mudéjar. Como los bautizos y las conversiones no llegaban con la fluidez esperada, salvo excepciones entre la élite y algunos grupos urbanos, las capitulaciones se dejaron de respetar en 1499. La política asimiladora y misionera



▲ **Morisca hilando y morisca limpiando su casa. Del libro "Trachtenbuch" de Christoph Weiditz, 1529.**
Las moriscas del reino de Granada jugaron un papel fundamental en la casa, no sólo por sus tareas domésticas sino por el hilado de seda.

propugnada por el Arzobispo fray Hernando de Talavera dio paso a otra más ortodoxa que lideraba el cardenal Cisneros y que establecía el bautizo forzoso. Ello dio ocasión a que los mudéjares su sublevasen, y comenzó una guerra (1500–1501) en la que a medida que se iba venciendo a los alzados se exigía su conversión o exilio.

Esta revuelta fue iniciada por los líderes musulmanes del Albaicín, que ante el fracaso de su alzamiento en la ciudad de Granada huyeron a las Alpujarras, territorio más a propósito. Allí se apoderaron de algunas fortalezas costeras, como Adra, e incluso pusieron sitio al castillo de Marchena, en cuya defensa acudió don Pedro Fajardo, futuro marqués de los Vélez, que derrotó a los mudéjares en los alrededores de Alhama de Almería.

Poco a poco las tropas cristianas fueron controlando todo el territorio, incluyendo en su avance el asalto a la alcazaba de Laujar de Andarax.

Finalmente los cabecillas de la revuelta alpujarreña tuvieron que aceptar la nueva capitulación ofrecida por los Reyes Católicos, que trajo consigo la conversión general. Estas noticias no hicieron sino provocar poco después la sublevación de las sierras de los Filabres y Alhamilla, así como la de los Campos de Níjar y Tabernas, que fueron rápidamente pacificadas. Las revueltas fueron desastrosas para Almería: miles de muertos y heridos, cientos de esclavos tomados como botín de guerra, saqueos de los pueblos sublevados por parte de las tropas cristianas (que se llevaron todo lo que pudieron -ganados, ropa…, y todo cuanto de valor pudieron encontrar). Ante la situación de crispación creada, los Reyes Católicos defendieron una política de conversión centrada sobre todo en la atracción de la antigua nobleza y diferentes estratos de la élite nazarí. Colaboracionista en unos casos y colaboradora en otros, lo cierto es que los llamados poderes intermedios, como era el caso de los alguaciles, buscaron controlar a las comunidades, especialmente a las rurales. Las nuevas capitulaciones favorecerían la conversión a cambio de ventajas fiscales y de mantener su identidad cultural (lengua –árabe granadino–, forma de vestir, costumbres y gastronomía…).

Las conversiones fueron masivas, pero no siempre sinceras, ya que la población fue obligada por las circunstancias a renunciar al islam, aunque conservando sus señas de identidad cultural. La nueva población fue conocida como cristianos nuevos. También se les llamó, despectivamente, moriscos. Durante el reinado de Carlos I la corona adoptó una posición laxa con ellos y se les toleraron muchas actitudes, ya que consideraron



10-7
683

Bautismo de Moriscos. Ecce servuus meus (…)/ Declarit eos in spe (…). Girolamo Lucente, dibujante y Francisco Haylan, grabador. Granada, Principios del S. XVII.

Los mudéjares granadinos, a raíz del bautizo forzoso se convirtieron en unos cristianos nuevos especiales, llamados despectivamente "moriscos".

que su conversión había sido reciente y débil. A pesar de todo, los nuevos convertidos se mantuvieron como una comunidad propia y escasamente integrada con el resto de la sociedad almeriense, especialmente en las áreas rurales, donde era mayoritaria.

La desconfianza entre la comunidad cristiano–vieja y la cristiano–nueva no dejó de aumentar y de acentuarse con los años. Los primeros temían los contactos que la otra parte tenía con Argel y Marruecos, la presencia de bandidos (monfíes) y, sobre todo, la permanencia de sus costumbres y prácticas religiosas. Consideraban a los moriscos como gentes de poca confianza que, además, no hacían esfuerzos por integrarse o mejorar su práctica cristiana.

Los moriscos, que representaban el 90% de la población almeriense, se consideraban perseguidos y tratados injusta y abusivamente por los cristianos viejos. Durante toda la primera mitad del siglo XVI, a lo largo y ancho de la provincia almeriense, los moriscos veían a los cristianos viejos como a unos dominadores que les trataban de amedrentar social o económicamente a través de cualquier circunstancia. Además, la corrupción de los cristianos viejos era tremenda, expresada en el dominio absoluto de una comunidad sobre la otra por parte de las élites privilegiadas que monopolizaban el poder en una provincia aislada en la periferia, alejada de los centros de decisión y "peligrosa", al ser tierra de frontera.

En la ciudad de Almería la situación era menos tensa, ya que había más cristianos viejos. Había incluso otras ciudades como Vera y Mojácar o localidades como Adra la Nueva donde no había población morisca. En la urbe almeriense los moriscos vivían en determinados barrios (morerías) y las dos comunidades no tenían apenas convivencia.

La antigua nobleza musulmana de la época nazarí fue agasajada con mercedes y privilegios y terminaría integrándose en la nobleza cristiana. Destacan familias como los Avis Venegas, Belvis, Marín, Abduladin o Hazen… Esta élite morisca adoptó las costumbres de los cristianos viejos con un alto índice de asimilación cultural. Tejieron también una importante red clientelar a través de una hábil política matrimonial, tratando en muchos casos de enlazar con elementos de reconocida raigambre cristiano vieja, en un intento de "limpieza de sangre". Su poder económico y político favoreció la asimilación y la integración.

En las ciudades residían también grupos moriscos minoritarios que, en un nivel inferior a las élites antaño nazaríes, acumulaban grandes patrimonios, tanto en posesiones como en dinero. Estas minorías monopolizaban los cargos de representación político–administrativa, en contraste con la pobreza y mediocridad del resto de los moriscos, la gran masa.

La población cristiano vieja tiene su origen en las repoblaciones llevadas a cabo por los Reyes Católicos. Habían venido de otros reinos cristianos peninsulares, trasladando el modelo social de sus zonas originarias, como los reinos de León y Castilla. Y es que las tierras almerienses eran una zona de oportunidad donde poder ascender socialmente. Las pocas familias cristianas que llegaron experimentaron un proceso de oligarquización que rápidamente monopolizó el poder económico y de los municipios. Así, en el Ayuntamiento de la ciudad de Almería se instaló la pequeña hidalguía surgida del repartimiento inicial, lo que desde sus inicios conllevó el surgimiento de desigualdades en el reparto de tierras. Estas élites, enriquecidas con el empobrecimiento de los pequeños pobladores así como por los censos –préstamos de dinero, mayoritariamente a los moriscos-,

se convirtieron en un colectivo muy influyente.

La minoría enriquecida formó mayorazgos, bienes dotados para que sus herederos vivieran con holgura, que era un paso al que prácticamente seguía el ennoblecimiento de su linaje. Los bienes amayorazgados no se podían ni vender y además eran indivisibles, se trasmitían hereditariamente a los descendientes siguiendo un orden preestablecido y, además, su constitución era un privilegio que concedía el rey. Otra forma de ascenso social fue la de la vía eclesiástica, a través de la fundación de capellanías, que constituyeron verdaderos mayorazgos religiosos que, aún sin las características del vínculo civil, encumbraban a sus poseedores. También se podía ascender mediante la carrera militar. Sea cual fuere la vía (generalmente se optó por modelos mixtos), este hecho fue el colofón –sumado a la sabia política matrimonial– que fortaleció social, política y económicamente a estas oligarquías.

Con relación al clero hay que destacar la fundación de



Morisca con *hiyab*, velo que le cubre la cara, y una *almalafa* de calle coloreada, prenda de vestir que cubría todo el cuerpo. Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
Las prendas de vestir de las moriscas llamaron poderosamente la atención de los numerosos viajeros que visitaron estas tierras, mostrando en todo su vigor la cohesión de un pueblo que se resistía a perder su cultura.



▲ Moriscas cubiertas con la famosa *almalafa*.
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570).
Las prendas de vestir de los moriscos fueron consideradas una seña de identidad cultural. Fue uno de los elementos que los cristianos viejos pretendieron eliminar para consolidar la aculturación de este pueblo.

conventos masculinos, como los de Santo Domingo, San Trinidad, en la ciudad de Almería; o el de los agustinos, en Huécija. Sus objetivos eran la conversión de la población musulmana y la redención de cautivos. A estos conventos habría que añadir el femenino de las concepcionistas. Hay que destacar la existencia de sacerdotes de origen morisco, que dominaban el árabe y el castellano y ejercieron una importante labor misional con los cristianos nuevos.

El llamado estado llano era muy heterogéneo, pues abarcaba desde pequeños artesanos hasta ricos banqueros. En los escasos núcleos urbanos almerienses formaban una burguesía con mentalidad capitalista dedicada a las finanzas, al comercio y a la producción. Este pequeño capitalismo provinciano compartía características comunes con los grandes comerciantes,

cuyo objetivo era especular y ganar dinero de todas las formas posibles bajo el objetivo final de alcanzar a ser hidalgos. Junto a estos almerienses comerciantes había algunos externos (valencianos y catalanes, burgaleses, toledanos e, incluso, genoveses) que buscaban los exclusivos productos (seda, frutos secos…).

Por debajo de este grupo había numerosos personajes que vivían de la burocracia, como abogados, médicos y cargos militares. También había artesanos y pequeños agricultores, tenderos, pescadores, criados, soldados y guardas del mar, que completaban la sociedad cristiano vieja.

Toda esta amalgama social, muy estratificada y cargada de diferencias sociales y económicas, se vería alterada a partir de la entronización de Felipe II y la aplicación de los acuerdos tridentinos, tendentes a homogenizar la sociedad desde una óptica católica. Para ello la Inquisición y su asertiva aplicación conllevarían una ruptura progresiva de la difícil convivencia alcanzada durante el periodo carolino.



Antecedentes. La difícil convivencia

La subida al trono de Felipe II supuso el término de la política conciliadora y el deterioro de las relaciones entre las comunidades cristiano–vieja y morisca. La política exterior también había experimentado un cambio sustancial, pues las poblaciones del norte de África aumentaron su hostigamiento al litoral almeriense, cuya sensación era la de ser verdaderamente una *costa de piratas*. Muchos moriscos ayudaron en estos asaltos piráticos que ciertamente eran dañinos por las pérdidas económicas y humanas (esclavos y prisioneros) de sus saqueos, al mismo tiempo que aumentaron los ataques de los monfíes en las Alpujarras y la sierra de los Filabres.

El fenómeno *monfí* era un viejo movimiento heterogéneo que aglutinó en torno suyo a bandoleros –grupos de moriscos excluidos del sistema cristiano viejo–, desclasados sociales, ladrones de baja estofa, asesinos y delincuentes que vieron en la huida a la sierra y en la vida marginal su *modus vivendi*.

Los asaltos piráticos en la costa y los golpes monfíes en tierra eran un verdadero problema que desestabilizaba la zona, pero no lo eran menos las enormes bolsas de moriscos en el interior de la tierra. Esta peligrosa "frontera interior" completaba un panorama verdaderamente complicado, ya que era vista en muchos casos como enemiga a los intereses de los cristianos viejos.

◀ **Felipe II, óleo de Sofonisba Anguissola, 1565 (Museo del Prado)**
La ortodoxia religiosa del rey cambió por completo la delicada convivencia entre cristianos y moriscos.



Detalle del retablo del Convento de los Mínimos, hoy en la iglesia parroquial de Vera, conocido como "Retablo del Moro"
El litoral almeriense desde la conquista se convirtió en la frontera con "Allende", una línea que, conforme avanzó el siglo XVI, sufrió constantes ataques piráticos.

En los años anteriores, y a partir de 1511, se habían tomado una serie de disposiciones para asimilar a los moriscos. Así, se les prohibió ser padrinos en bautizos y sacrificar los animales al modo tradicional, se intentó controlar sus ropajes –especialmente la almalafa, vestidura que cubría todo el cuerpo y la cara las moriscas–, se les prohibieron determinados bailes o portar armas de prestigio, etc. Pero todas estas medidas se vieron constantemente paralizadas durante el reinado del emperador Carlos V gracias al pago de grandes sumas de dinero, suculentos obsequios de numerario que los moriscos hacían a la hacienda real a cambio de apaciguar las medidas represoras.

Gracias a los aplazamientos de las normas correctoras, los sínodos de Guadix y de Granada (1554 y 1565) confirmaron que la cultura musulmana estaba viva y que incluso, en algunos casos, muchos cristianos nuevos continuaban practicando su antigua religión. Para estas fechas la situación internacional era complicada por el avance del imperio turco y, en caso de conflicto, bien podía ocurrir que en gran medida la población almeriense pudiera mantener ciertas lealtades hacia este enemigo.

La respuesta de la Corona ante tal situación fue la puesta en práctica de una nueva política hacia los



▲ **Detalle de un mapa del Arzobispado de Granada que representa el interior y costa alpujarreña (siglo XVII).**
La llamada "Costa de los Piratas" almeriense se revistió de una verdadera muralla fortificada para repeler unos ataques que en la mayoría de los casos contaron con el *quintacolumnismo* morisco del interior.

moriscos, basada en el endurecimiento del tribunal inquisitorial y en una propuesta total de asimilación de la comunidad. Se quería, en definitiva, acabar con cualquier signo de la religión y la cultura musulmanas. Así las cosas, en 1566 la Junta de Madrid dictaminó la abolición definitiva de todas las manifestaciones culturales que tuviesen algo que ver con los musulmanes.

En 1567 se dictó una *Real Pragmática,* que sancionó las decisiones de la Junta madrileña, por la cual todos los moriscos tenían 12 meses para adoptar apariencia y conciencia cristiana. Los moriscos, por medio de la nobleza, pretendieron mediar con la Corona para evitar la aplicación de la ley, pero todo intento fue inútil.



Arquero morisco. Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
La pragmática de 1567 provocó que muchos moriscos se echaran al monte para asaltar a los cristianos viejos. Los llamados "monfíes" eran algo más que meros bandoleros. Considerado un movimiento contestatario, sus acciones incrementaron el estado de desasosiego de la tierra.

El rotundo fracaso negociador solo consiguió radicalizar las posiciones del bando morisco que, cansado y decepcionado, abrazaría poco a poco la línea sediciosa. En suma, había comenzado una verdadera guerra fría entre los cristianos viejos y los nuevos que auguraba una rebelión inmediata. Era la repetición de la revuelta de los mudéjares al negarse al bautismo.

La religiosidad de los moriscos almerienses se sitúa en el llamado criptoislamismo: ante la obligación de convertirse, continuaron practicando el islam en secreto. Los moriscos fueron forzados a cumplir exteriormente con la fe católica: debían ir a misa –se controlaba su asistencia–, consumir comidas y bebidas prohibidas para los musulmanes, etc. Ante esto, y siguiendo la fatwa del muftí de Orán (1504), los moriscos adoptaron la *taqiyya* o disimulación, ocultando sus prácticas musulmanas ante las exigencias cristianas para resistir a la conversión forzosa. Dicho en pocas palabras: Eran católicos por fuera y musulmanes por dentro.

La fatwa establecía relajaciones de la ley islámica, lo que permitió a los moriscos comportarse exteriormente como católicos y llevar a cabo actos que estaban prohibidos en la ley islámica cuando ello era necesario para sobrevivir. En esta norma se incluían recomendaciones sobre cómo rezar como cristianos, blasfemar e incluso cómo comer.

Es escasa la documentación que nos ha llegado de la Almería de la época. Un documento importante son las conclusiones de la visita general de la Inquisición al obispado almeriense en 1561, durante la cual se abrieron cerca de 300 expedientes por causas tan diversas como el vivir en pareja sin estar casados por un cura, lavarse todo el cuerpo desnudo o lavar a los difuntos, y pintarse con alheña o henna. Otros expedientes implican sacrificar animales con el rito musulmán (tumbados sobre el lado izquierdo y mirando hacia la Meca. Tras una oración del matarife se les secciona la yugular y la tráquea por un solo corte con un cuchillo muy afilado, con el fin de que el animal se desangre). También hubo expedientes por invocar a Mahoma, citar al Corán, practicar el Ramadán, intentar escapar al norte de África, llevar la cara tapada en misa, bailar zambras, etc. Los castigos fueron multas económicas y a veces la pena de asistir a misa mayor como penitente, con objeto de avergonzar y humillar públicamente al morisco.

Otra fuente documental para conocer la realidad de esta minoría son sus testamentos. Era habitual llamarles moriscos de forma despectiva. Obviamente estos documentos son diferentes a los de los cristianos viejos, que destacan por las diferencias en cuanto a las disposiciones de misas por el alma del difunto. Para los creyentes esto era importante, ya que si al morir un cristiano su alma va a parar al Purgatorio, la única forma de salir es mediante las oraciones de los vivos y



▲ Pareja de nobles cristianos viejos.
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
Los cristianos viejos, pese a su minoría numérica, siempre se consideraron el grupo dominante frente a la mayoritaria población morisca, tratados como una minoría social.

las misas por el eterno descanso de su alma. Mientras los cristianos viejos llegaron a perpetuar estas misas a través de memorias y capellanías, los moriscos las reducían a la mínima expresión, al día de la defunción o a los inmediatamente posteriores. Preferían enterrarse en sus antiguos maqaberes o cementerios, al aire libre y en terreno virgen (en la ciudad de Almería, esta zona estaba en torno a Puerta Purchena).

Su lengua fue otro de los aspectos diferenciadores de la comunidad morisca, y era uno de los elementos que les servían de cohesión. Las autoridades católicas, conocedoras de esta situación, trataron de poner todas las trabas posibles al árabe imponiendo el castellano y quemando los libros arábigos. La *algarabía* o árabe dialectal granadino, sin embargo, pervivió, y sobrevivió incluso a la expulsión de los moriscos.

La castellanización en Almería fue difícil, ya que la inmensa mayoría de la población era morisca y de carácter rural. Vivían en pequeñas alquerías dispersas y en tierras almerienses lejos de los centros de poder, toda vez que los abundantes señoríos permitieron que los nobles protegieran de forma interesada a sus vasallos a cambio de fuertes tributos. Estas circunstancias, junto con la pervivencia de su lengua como vía vehicular para transmitir su cultura, favoreció que las tierras almerienses mantuvieran la cultura musulmana de forma encapsulada.

La población morisca era iletrada en su mayoría y desconocía el castellano, hecho manifiesto en los propios documentos notariales en la que mayoritariamente los moriscos escasamente firmaban y necesitaban de interprete. Este desconocimiento del castellano conllevó numerosos engaños en las escrituras públicas, lo que alimentó odio y desconfianza hacia a los cristianos viejos. Solo una minoría sabía firmar y muchas veces lo hacía con caracteres arábigos, una práctica conocida como *aljamía*.

Otro elemento identitario morisco fue su vestimenta, especialmente el de las moriscas, que era muy vistoso. Estaba constituido por la toca, camisa corta y zaragüelles, éstos muy anchos, lo que proporcionaba visualmente el engrosamiento de las piernas. La marlota era otra de las prendas usadas, toda vez que el traje era holgado y despegado del cuerpo. El atuendo más característico era la almalafa, prenda que cubría a la mujer por completo. Las prendas eran de un rico colorido y estaban decoradas con numerosos adornos. Ésta era su seña más significativa y su prohibición definitiva en 1567, con obligación de vestir a la castellana, fue uno de los principales motivos de la revuelta morisca.

La decoración de los hogares la formaban esteras y alfombras que cubrían los suelos, así como numerosas almohadas, pues los moriscos se sentaban en el suelo. Respecto a la cocina morisca, era típicamente musulmana: cereales, legumbres, frutas y hortalizas. Comían carne de cordero, cabra, vaca, conejos, gallinas y palomas. Se usaba mucho el aceite de oliva y, por supuesto, el cerdo y el alcohol estaban prohibidos. También usaban frecuentemente el secado de frutos y hortalizas como un modo de conservación práctico y nutritivo.

Los moriscos utilizaban normalmente un nombre cristiano –generalmente de su padrino o protector cristiano viejo en su origen– seguido de un apellido musulmán. destacaban los nombres de Diego, Francisco, Luis, Juan, García, Isabel, María y Beatriz. Constituían, en fin, un modelo social y cultural prácticamente intangible y poco alterado para el que la rebelión morisca significó el principio del fin.

El estallido de la revuelta

La revuelta morisca comenzó en el corazón de la comarca alpujarreña en la madrugada del 23 al 24 de diciembre de 1568, y se extendió rápidamente en los días siguientes por el resto del sistema montañoso. La sublevación comenzó en la zona granadina y el 25 de diciembre se propagó por las áreas de Laujar, Paterna, Berja y Dalías; el día 26 se extendió a las tahas de Lúchar, Marchena y Alboloduy, continuando el 27 por la zona de Gérgal y río Andarax abajo y llegando a Benahadux el 2 de enero de 1569. Solo quedaron sin alzarse las poblaciones con mayor número de cristianos viejos (Almería, Adra y Fiñana). En la sierra de los Filabres y el valle del Almanzora hubo algunas y esporádicas algaradas que no pasaron a mayor, aunque finalmente entraron en guerra en junio de 1569. Se mantuvieron fuera de la revuelta los Vélez, Bajo Almanzora y Levante.

En los primeros instantes el control sedicioso quedó en manos de capitanes monfíes, que sembraron el terror a través de los martirios más atroces a los cristianos viejos. Se habían consumado las *Navidades de Sangre* y era el inicio de la guerra de las Alpujarras. Durante los últimos días de diciembre de 1568 la sublevación se extendió con rapidez gracias a la dirección de Farax Abén Farax, a quien se le asignó este cometido tras fracasar en el levantamiento del Albaicín granadino. Y es que la conjura no tuvo éxito en las ciudades pero la revuelta triunfó en las áreas rurales, en donde la contienda adoptó un cariz de constitución de un verdadero estado musulmán.



▲ **Mapa donde se señalan los principales focos de alzamiento morisco en el reino de Granada en diciembre de 1568**
La rebelión morisca tuvo una gran fuerza en las áreas montañosas, sobre todo por estar menos aculturadas y ser más propensas al alzamiento. La zona oriental, especialmente la almeriense, fue la más extensa de todo el reino de Granada, también por tratarse del espacio geográfico con mayor masa morisca.

La violencia desatada sin control fue, sin duda, el elemento principal de los primeros momentos. Se asesinó a la mayoría de religiosos de las zonas bajo control morisco, y se saquearon casas de cristianos viejos y templos. Un hecho muy conocido fue la quema del convento de los agustinos de Huécija y la tortura de sus frailes, que fueron ejecutados en aceite hirviendo. A un sacerdote se le obligó a meterse pólvora en la boca y se le prendió fuego. Se entregaban sacerdotes a las mujeres moriscas para que los mutilasen con agujas y los torturasen hasta morir. También se lapidó, despeñó y crucificó a los cristianos viejos.



Los monfíes eran especialistas en desollar caras y sacar el corazón por la espalda. En Ohanes, cuando los cristianos tomaron el pueblo, se encontraron las cabezas de 20 doncellas cristianas que habían sido asesinadas para invocar el curso de la rebelión. En Berja se ejecutó a más de 200 cristianos viejos por turnos, en postes situados frente a la iglesia, y en Serón se degolló a muchas personas y se colgó a los sacerdotes de las almenas del castillo. Esta violencia se dirigió sobre todo contra civiles que nada tuvieron que ver con las políticas de integración forzosa ni con las conversiones obligadas.

Fruto de estas muertes violentas o arrebatadas es el amplísimo desarrollo del culto a las Ánimas benditas en la provincia almeriense. A muchos cristianos no les dio tiempo a arrepentirse de sus pecados ni a prepararse para la muerte, por lo que sus contemporáneos creían que sus almas habían ido al Purgatorio. Hoy en día este culto se mantiene, herencia de la sublevación morisca.



Mártires de los moriscos. Girolamo Lucente, dibujante y Francisco Heylan, grabador. Granada, principios del siglo XVII.
La ira contenida de los moriscos eclosionó en el alzamiento en un amplio espectro de situaciones que iban desde las ejecuciones en masa de cristianos viejos hasta el saqueo de las casas y la profanación e incendio de los templos. Fue lo que viene en llamarse "Las Navidades de Sangre".

Actualmente los obispados de Almería, Granada y Guadix tienen abierto un proceso para beatificar a los Mártires de las Alpujarras, como cristianos que murieron por no apostatar de su fe (in odium fidei).

Toda esta violencia contra los cristianos viejos, fruto del revanchismo de los monfíes contra los representantes del poder civil y religioso y contra los propios moriscos que se opusiesen a su violencia con robos, profanaciones, torturas y asesinatos, obtuvo también su respuesta. Los cristianos no se quedaron atrás en su venganza, y los supervivientes y sus familias formaron partidas que se dedicaron a capturar a los monfíes, a quemar casas de moriscos y a esclavizar a todos los que pudieron. En Adra se dio un ejemplo de esta vorágine de violencia cuando se atrapó a un corsario que había castigado las costas almerienses y se le sacaron los ojos, poniéndole un cencerro al cuello y dejándole en manos de la población para que lo matasen con sus manos. Hubo muchos lugares en donde la captura de un morisco suponía su apaleamiento, incluso si estaba en la cárcel. Ésta y otras barbaridades fueron fenómenos comunes durante la contienda.

Desde el primer momento los sediciosos quedaron políticamente divididos: Farax Abén Farax llegó al

Albaicín con tropas alpujarreñas, con el fin último de tomar Granada, pero los albaicineros no le secundaron y, tras retirarse sus seguidores, chocaron con los Valoríes en Béznar, donde el 24 de diciembre se coronó rey de los moriscos a su líder: don Hernando de Córdoba y Valor. Éste, quien adoptó el nombre de Muley Mohamet Abén Humeya, terminaría instalando los fundamentos de su reino. En los primeros días de 1569 constituyó su estado, extendiendo la sublevación a la Alpujarra almeriense, el río Nacimiento y Gérgal, aún un tanto reacios a reconocerlo como soberano.

Durante su mandato, Abén Humeya hizo frente al avance de las tropas cristianas, entablando conversaciones para tratar la paz en febrero de 1569 en Paterna del Río. Sin embargo, presionado por el sector intransigente morisco, continuaría con la guerra y extendería el conflicto a otras tierras almerienses, como los Filabres y el Almanzora. En esta última comarca se casó con la hija de un notable para ratificar su alianza con estas tierras, y situó durante un tiempo la capital en Purchena. Como veremos más adelante, de regreso a la Alpujarra intentó hacer frente al ejército del marqués de los Vélez, dirigiendo personalmente la batalla de Berja.

Ante el fracaso de esta ofensiva sobre Berja, se trasladaría nuevamente al Almanzora, donde desde su cuartel de Lubrín intentó conquistar primero Vera y luego Cuevas, buscando desesperadamente una cabeza de puente por donde recibir, desde el mar, el auxilio de las tropas turcas y del norte de África. Estas derrotas supusieron su vuelta a Laujar de Andarax, donde cayó en desgracia y murió asesinado a manos del sector intransigente. Le sucedió como rey de los moriscos su primo Abén Aboo.

El primer cometido de Abén Humeya fue organizar su gobierno y tratar de depurar a los radicales moriscos

que, a pesar de ser necesarios para impulsar el levantamiento, se alejaban de los postulados moderados y no estaban bien vistos por su crueldad. El relegamiento de los radicales solo le sirvió para granjearse unos acérrimos enemigos.

Desde la óptica realista, la violenta sublevación tuvo como respuesta inicial en el oeste la organización de un ejército al mando de Iñigo López de Mendoza, marqués de Mondejar y capitán general del reino de Granada. Salió de la ciudad y despejó el peligro sobre el alfoz granadino, situándose a las puertas de la Alpujarra. A su vez, en el este, el marqués de los Vélez acudió desde su castillo de Vélez-Blanco a sujetar a los moriscos, plantándose el 7 de enero de 1569 en Tabernas y alejando el peligro que pendía sobre la ciudad de Almería.

Mientras que Mondéjar, en su avance por la Alpujarra occidental, iba pactando la reducción de los alzados, en el caso oriental la práctica usual de Vélez fue la confrontación. Ofreció batalla en Santa Cruz y Huécija, donde acampa el 13 de enero, situándose también a las puertas de la Alpujarra. Este ataque en tenaza supuso el aislamiento rebelde por parte de dos ejércitos reales en las dos entradas naturales de las Alpujarras. Sin embargo, las rencillas y las envidias entre los marqueses hizo que el enfrentamiento se prolongase. Así, mientras que López de Mendoza trataba de atraerse a los moriscos con buenas formas, Fajardo los espantaba con su dureza. Los propios moriscos también estaban divididos entre los partidarios de la reducción y los de continuar la guerra a toda costa.

El 19 de enero la crisis morisca se agudizó. Mientras 16 alguaciles reducían a Mondéjar en Jubiles e inauguraban un proceso imparable, el de Vélez ganaba la batalla de Félix, donde el pillaje de sus tropas, con saqueo y robo, alteraba los pactos de paz. Desarticulado



Martirio del licenciado Jáuregui. Girolamo Lucente, dibujante y Francisco Heylan, grabador. Granada, principios del siglo XVII. Los martirios moriscos se ensañaron especialmente con los eclesiásticos por ser quienes más se señalaron en el cambio de hábitos y conductas de la minoría.

casi por completo el ejército morisco en la zona almeriense, y dado el apoyo a la reducción en la zona granadina, Abén Humeya, contra las cuerdas, fue retrocediendo ante el avance de Mondéjar a la taha de Andarax.

Los radicales moriscos forzaron al rey a no negociar con los emisarios cristianos, depurando a los moderados. Abén Humeya, tras la batalla de Paterna, cerró la puerta a cualquier reducción y huyó refugiándose en la taha de Luchar, cuya cabeza era Canjáyar. Entre tanto el marqués de los Vélez remató la acción llegando a Ohanes el 1 de febrero de 1569. Para entonces ya había encuentros sangrientos en Inox, pueblo ya desaparecido al oeste de Níjar, donde se capturaron numerosos prisioneros de los campos taberneros y nijareños y mujeres y niños fueron en gran parte reducidos a esclavitud.

Entre los meses de febrero y marzo Mondéjar continuó con la reducción de la parte occidental, mientras que los Vélez, fruto del desbaratamiento de su tropa, paró su avance en Terque. Este tiempo lo aprovechó Abén Humeya para reorganizarse y rendirse a los postulados del ala más radical morisca, que le exigió pedir ayudas a los estados musulmanes del norte de África y a los turcos con el fin de internacionalizar el conflicto. También le exigieron que crease un ejército regular morisco, bajo el mando de militares berberiscos



El llamado "Pendón de las Alpujarras".
Seda. 143 cm. x 103,5 cm. Ayuntamiento de Lorca, siglo XVI
Esta bandera de la ciudad de Cantoria fue ganada por las milicias lorquinas en la batalla de Arboleas (1569).

y turcos, y que levantase otras tierras diferentes a las alpujarreñas para abrir nuevos frentes y dislocar a las fuerzas realistas.

En la Alpujarra se complicaron las cosas durante aquel periodo debido a los abusos contra los moriscos reducidos, especialmente por incontrolados que, desde la marcha del grueso militar a Granada, dejaron la comarca en manos de unas pocas tropas exaltadas. La matanza de la cárcel de Granada y el pillaje militar en la Alpujarra fueron los motivos que llevaron a un nuevo alzamiento de la tierra, cuyo detonante se produjo en el puerto de la Ragua con un ataque morisco a Bayárcal, que fue respondido por las tropas reales en Laroles. A finales de marzo podía decirse que la comarca alpujarreña estaba de nuevo en rebelión.

En la Corte las noticias de esta nueva guerra se recibían con preocupación, pues lo que se había iniciado como un conflicto de campesinos en una zona aislada de España se revelaba como una peligrosa insurrección. Felipe II atravesaba un momento de debilidad por la muerte de la reina y del príncipe, debilidad que casi le lleva a abdicar. Sabedor de la descoordinación entre los marqueses de Mondéjar y los Vélez, el 6 de abril nombró capitán general de Granada a su hermano don Juan de Austria, ordenándole que solucionara el problema morisco. Era algo inaudito que un miembro de la Casa Real entrase en conflicto, pero ésta es la muestra más evidente de la importancia que el Soberano concedía al problema. La guerra morisca ponía en tela de juicio su prestigio ante la comunidad internacional, dado que alimentaba las expectativas de los turcos, pues disponer de una cabeza de puente en el Mediterráneo occidental suponía un grave perjuicio en la política imperial.



El ejército morisco: campesinos y turco–berberiscos

Se calcula que los combatientes moriscos al principio serían unos 3.000 o 4.000 hombres. Se trataba de un ejército constituido por población civil –rural y sin adiestramiento– y pobremente armado que se incrementaría hasta alcanzar aproximadamente 25.000 hombres. En muchos casos los que se levantaron se vieron forzados a hacerlo, no solo por una profunda crisis económica y por la represión cristiana, sino también por el hostigamiento de Farax Abén Farax, que dirigía las fuerzas de choque, y su grupo de monfíes. En muchos pueblos obligó "a palos" a participar en la revuelta, por lo que numerosos moriscos se sumaron más por miedo que por convicción.

Desde el principio del conflicto Hernando de Córdoba el Zaguer, tío de Abén Humeya, afirmaba que estaban "faltos de experiencia, de armas, de caballos, de navíos y de muros donde asegurarnos". Una debilidad de dotación que confirma las diferencias de la maquinaria bélica rebelde frente al todopoderoso ejército real. Sin caballería, el arma de choque fundamental, y sin marina para romper el aislamiento, se trataba de un ejército, en definitiva, débil.

Las fuerzas de choque las dirigía Farax Abén Farax, nombrado en el cargo de alguacil mayor, y en el ámbito urbano estaban compuestas por los *gandules*, una es-

Lucha entre moriscos y tropas reales cristianas Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
Siempre que pudieron los moriscos evitaron el combate cuerpo a cuerpo en campo abierto. La superioridad armamentística del ejército real, así como sus tácticas de guerra, los ponía en clara desventaja militar.



Farax Abén Farax. Grabado de Tomás Carlos Capuz (1859) para ilustrar la obra de Manuel Fernandez y Gonzalez "Los Motines de las Alpujarras".
Los moriscos usaron generalmente armas blancas. Los más pertrechados tenían alfanjes, dagas, adargas, yelmos... Las prohibiciones cristianas de portar armas con los años permitió desarmar a la minoría. Sólo las élites conservaron –por privilegio o escondidas como recuerdo– armamento nazarí, siendo estas las mejor pertrechadas del ejército morisco.

pecie de milicias formadas por mancebos jóvenes, organizadas por barrios y mandadas por capitanes, y por los *monfíes* en las zonas rurales como la Alpujarra. Los gandules de Granada no secundaron el alzamiento, cosa que si hicieron los monfíes.

La organización militar inicial del recién creado reino morisco se estableció mediante tres alcaides que gobernaban las fronteras del reino: en el oeste, en el valle de Lecrín, Miguel de Granada el Xaba; en el este, en la taha de Andarax, Hernando el Gorri; y en el centro, sobre las tahas de Poqueira y Ferreira, Luis el Hardón. Por encima de ellos el mando quedaba coordinado por Abén Xaguar, quien como capitán general debía establecer las estrategias. A su vez, las villas levantadas estaban al mando de capitanes, en su mayoría alguaciles moriscos que se encargaban de hacer la leva en sus localidades.

La violencia de Farax Abén Farax pronto generaría disensiones en los mandos moriscos, que se acentuaron cuando se postuló como rey de los moriscos frente al ban-

do de los Valoríes. A medida que el frente de guerra avanzaba al este aparecieron nuevas disensiones entre los líderes moriscos, que se solventaron mediante matrimonios para crear lazos de sangre. Así Abén Humeya se casó sucesivamente con jóvenes de Ugijar, Tabernas y Purchena para conseguir la obediencia de estos territorios. También obstaculizó el devenir de la guerra las tres posiciones al respecto: la de Abén Humeya, definida como una posición moderada; la radical, liderada por su primo y posterior sucesor, Abén Aboo; y una tercera o pactista, representada por Hernando el Habaquí, capitán general del Almanzora.

El armamento de los moriscos fue siempre escaso y obsoleto, debido a que durante años se les había prohibido tener armas. Los alzados portaban herramientas ofensivas propias del ámbito rural (lanzuelas, hachas, pinchos, hondas, etc.), y en el mejor de los casos, los líderes desempolvaron armas medievales guardadas por sus antepasados desde la época nazarí. Sea como fuere, la pólvora era escasísima, y lo eran mucho más los aparatos de guerra.

La caballería era muy escasa, al igual que la capacidad ofensiva morisca. Pero a pesar de esto la sorpresa y la lenta reacción de los cristianos viejos favorecieron a los moriscos. Las tácticas de guerrilla fueron ampliamente desarrolladas. Se llegó a constatar cómo se escondían en lugares estratégicos para lanzar dardos envenenados al paso de las columnas del ejército real. También las emboscadas, que solían hacerse de madrugada, fueron práctica frecuente en sus ataques. Las tropas moriscas desplegaban en vanguardia a hombres con sayos blancos a los que el resto seguía en la oscuridad en busca de las posiciones vulnerables de los cristianos. Se les denominaban *encamisadas*, y es famosa la realizada en la batalla de Berja.

Los moriscos mostraron destreza en el arte de sitiar y cercar (Bayárcal y Huécija) y en el de fortificarse. El proceso de enriscarse en puntos montuosos favorables o de difícil acceso, como ocurrió en Inox, es excepcional, y en ocasiones incluye rehabilitar viejos castillos y fortalezas nazaríes, como pasó en Tíjola. En todos los casos, las viejas torres nazaríes fueron nuevamente alzadas para establecer un sofisticado sistema de vigilancia de pasos montañosos y de comunicaciones moriscas, como sucedió con las fortificaciones de Dalías para controlar el acceso desde la costa a la Alpujarra, o en Lúcar para controlar la entrada desde el altiplano al alto Almanzora. La gran carencia del ejercito morisco fue la falta de artillería.

Al ser un ejército compuesto por campesinos, jugaron con el conocimiento del campo, veredas, barrancos y trochas, pues ello les procuraba una celeridad de movimientos digna de mención. Ese conocimiento, además, les servía para huir a la menor sospecha de peligro. Una de las tácticas más interesantes fue el uso del urbanismo de los pueblos, que utilizaron para convertirlos en un laberinto insalvable y que se usó para diseñar trampas mortales, como la practicada en la primera batalla de Serón. Aprovecharon las parcelas de regadío como fosos naturales, ya que rompían las acequias para inundar las tierras e inmovilizar a la caballería, como hicieron en Huécija. También levantaron complejos atrincheramientos en los pueblos situados en cotas altas, como en Felix y Ohanes. Esta última táctica les dio muy buenos resultados, valorándose desde el lado realista la resistencia que ofrecían pese a los cercos que se les infligían.

Sin embargo, a campo abierto los moriscos eran muy débiles. Sufrieron severas derrotas, como la experimentada por Brahen al Cacis en Benahadux en enero de 1569, cuando descendía por el Andarax a tomar la Alcazaba de Almería. La ventaja de la caballería en cam-

po abierto jugaba a favor de los cristianos: un caballo encabritado con un jinete dando mandobles de espada se convertía un arma mortífera. Las alturas, empero, fueron el campo de batalla preferido por los moriscos, que aquí tenían ventaja, entre otras cosas, porque era casi imposible usar la caballería. De las derrotas cristianas en alta montaña, posiblemente una de las más certeras es la sucedida en Bayárcal, en pleno Puerto de la Ragua, en donde el desastroso mando del marqués de la Favara supuso una vergonzosa derrota. Además los moriscos conocían las peñas, las cuevas, los barrancos… desde donde podían dar asaltos por sorpresa como hicieron contra el marqués de los Vélez en su tercera campaña cuando desde Adra penetró, río Adra arriba, hacia Berja.

Como la guerra tenía unos claros tintes religiosos, los moriscos contaron con armas psicológicas de indudable importancia. Junto a los atabales, gritos y proclamas propias de las tropas musulmanas, acompañados del ulular de las moriscas, atronador grito que en



Alfanje
Esta arma blanca fue muy usada por los moriscos. Se trataba de un sable corto de tajo de hoja contracurvada en su último tercio, justo en el punto donde golpeaba. Tiene en parte en esta zona contrafilo, que facilita no sólo su contundencia, sino también su capacidad cortante, capaz de penetrar una cota de malla.

los barrancos se enfatizaba, se puso en juego el concepto de *yihad* o guerra santa. Este tema atrajo a combatientes del norte de África, aventureros berberiscos, llegados a combatir junto a sus hermanos de fe, y creó un ambiente religioso que impulsaba la lucha armada. En la batalla de Berja el avance de los muhaydines por la calle del Agua, a pesar de las descargas de arcabucería de las tropas reales, llegó a ser tal que condujo a romper la formación a los cristianos viejos ante tan excepcional circunstancia.

Respecto a la artillería, su carencia fue otro grave contratiempo para los moriscos. En 1570 Abén Humeya llevó dos "pieçeçuelas" al sitio de Vera, pero le fueron de escasa utilidad. En el sitio de Cuevas del Almanzora fue incapaz de responder al disparo artillero del castillo. Tampoco los moriscos encastrados en Tíjola pudieron responder a la artillería de las tropas de don Juan de Austria. Por otro lado, la falta de munición para las escopetas y arcabuces moriscos se intentó paliar con un molino de pólvora y una casa de municiones en Cantoria. A pesar de estos intentos de autoaprovisionamiento, lo cierto es que siempre dependieron de las ayudas externas. El pacto logrado por el Habaquí con argelinos y turcos aportó municiones y armas y además incorporó al ejército rebelde un nutrido número de argelinos, turcos y berberiscos, entre los que destacaban los 400 escopeteros que dirigía el temido capitán turco El Hoscein. Inicialmente, también el rey de Marruecos aportó armas y soldados, y tras su negativa a enviar más, fueron las ciudades a donde se habían exiliado granadinos desde la época de los Reyes Católicos (*andalusíes*) las que entregaron más material, destacando sobre todo la ciudad de Tetuán.

Esta ayuda exterior permitió a los moriscos crear un ejército regular con asesores turcos y tropas extranjeras, en donde no faltaron los temidos *jenízaros*. El objetivo



Tropa rebelde equipada para la guerra.
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica: Padules)
Tras los pactos alcanzados por los moriscos con el norte de África, comenzaron a llegar armas, pertrechos y tropas. Inicialmente sólo berberiscas y más tarde también turcos, quienes plasmaron entre los alzados una organización castrense y les enseñaron táctica militar.

del sultán otomano Selim II era la conquista de Chipre, y para eso necesitaba distraer a las tropas españolas. Y lo logró al tener que enviar Felipe II a los tercios de Italia al sureste Español, dejando desguarnecido el frente oriental del imperio. Abén Humeya envió a su hermano Luis de Córdoba (Abdallah Humeya) a Estambul a rendir vasallaje a la Sublime Puerta, nombre con el que se conocía al gobierno del imperio otomano, con el fin de consolidar un reino satélite en la península ibérica.

El objetivo militar de los pactos con los otomanos era resistir lo máximo posible hasta que llegase la flota turca, para dislocar al ejército de Felipe II. Con este fin se abrieron nuevos frentes como el de los Filabres o el del Almanzora, que perseguía extender la guerra al altiplano granadino. Sabemos que recibieron de Túnez, por orden del bey Uluch Alí Pashá, libros sobre el arte de la guerra, lo que demuestra el interés de los moriscos por establecer una estrategia frente a los ejércitos de Felipe II y poder responder con contundencia a los todopoderosos tercios.

Esta ensoñación militar pronto se disiparía por las disensiones internas. Así, los alguaciles de la Alpujarra occidental se redujeron, entre ellos El Zaguer. Abén Humeya respondió con una purga de las filas moderadas. Reestructuró su ejército, logrando relegar a los más exaltados a las zonas periféricas: Farax Abén Farax fue destinado al fuerte de Güejar y los turcos enviados a la frontera occidental de su reino. Extendió la guerra al Almanzora, a cuyo frente concedió una enorme autonomía bajo el mando del capitán general Jerónimo el Maleh. El nuevo objetivo del ejército morisco era el de conseguir un puerto de mar donde pudiesen desembarcar los turcos.

Tras su fracaso en la zona del Almanzora, Abén Humeya se planteó una posible rendición, a la que se oponían los radicales y los turcos, cuyas órdenes eran

distraer los tercios de Italia en la península Ibérica. Estos últimos urdieron su asesinato en Laujar de Andarax a finales de septiembre de 1569. Su muerte supuso un punto de no retorno para el conflicto. Con su desaparición se esfumó la posibilidad de un acuerdo. Le traicionó Diego Alguacil, que de ser antiguo confidente del rey morisco pasó a desear su muerte cuando este le arrebató a su concubina con la excusa que no la tomaba como su esposa. Alguacil convenció a los turcos de una imaginaria traición tramada por Abén Humeya contra ellos.

La conjura turca estaba alentada por Abén Aboo. El grupo se dirigió a Laujar, donde entraron sin la oposición de las tropas moriscas acuarteladas allí ni de los 24 escopeteros que formaban la guardia personal de Abén Humeya. Tras irrumpir en la habitación en que descansaba, destrozando la puerta el cuarto, se encontraron con que descansaba con dos de sus concubinas, una de ellas la de Alguacil. Le apresaron y desvalijaron de todas sus riquezas, incluidas las mujeres. En presencia de Abén Aboo, recién proclamado nuevo rey de los moriscos, Abén Humeya fue ajusticiado mediante asfixia con una soga o un turbante.

Lo primero que hizo Muley Abdallah Abén Aboo al subir al trono fue introducir a los radicales en su gobierno con el beneplácito de Túnez, lo que abre un nuevo periodo caracterizado por la influencia turca en las decisiones de gobierno del reino morisco. La sucesión de fracasos militares, tanto en el sector occidental como en el oriental, terminarían por desmoralizar a los moriscos. En la zona almeriense fueron decisivos el tercer cerco de Oria, las derrotas de Baza y Huéscar, e incluso la caída del cerco de Galera. Todo esto llevó a que los mandos rebeldes se plantearan seriamente negociar la paz.



El ejército realista: los temidos tercios de Italia

Tras la sublevación, el capitán general don Iñigo de Mendoza lanzó sobre el sector occidental una operación de castigo contra los rebeldes. Alarmado por la situación en el área oriental y su escasa capacidad defensiva, el adelantado mayor de Murcia, don Luis Fajardo de La Cueva, penetraba en el reino granadino con idéntica intención. La Corona, sin embargo, no quedó satisfecha con los progresos militares, preocupada porque la sublevación pudiera complicarse si se desarrollaba una conexión con el ejército otomano, poniendo en peligro el flanco sur de España.

El alzamiento morisco sobresaltó a Felipe II, quien decidió aplastarlo rápida y contundentemente. En fechas tan tempranas como el 15 de enero de 1569 tenía previsto utilizar un cuerpo de élite de tropas italianas, los tercios, y el encargado de dirigirlo sería don Luis de Requesens. Esta decisión significaba distraer recursos del extremo oriental del imperio para emplearlos en el corazón de la misma España, propaganda negativa en ese momento para el monarca.

Rápidamente se comenzó a planificar el traslado desde Italia, comenzando con un reajuste de la marina italiana. En Génova, Milán y Nápoles se empezó a organizar el contingente. La movilización de los tercios fue noticia en toda Italia, dando ocasión a que soldados de fortuna qui-

◀ **Soldados en el campo de Padules**
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
Los tercios eran diestros con la espada toledana y la daga vizcaína. En formación, su cuadro de piqueros, complementados por arcabuceros y alabarderos era prácticamente invencible.

sieran enrolarse. También parte de la nobleza italiana encontró en esta ocasión el mejor modo para ascender, al igual que infinidad de gentes que veían esta guerra como un buen medio para enriquecerse gracias al saqueo y los botines que obtendrían.

Pese a lo aparatoso de la operación de reclutamiento y traslado, ésta se trató de llevar acabo con discreción, ya que por entonces no había prisa -las noticias de la situación en el sur de España sugerían que estaba controlada. La armada se fue concentrando en el puerto ligur y en la segunda semana de abril partió rumbo a Granada bordeando la costa francesa, tal y como se hacía habitualmente. Una tormenta fortísima desarticuló la escuadra con importantes pérdidas materiales y humanas, retrasando la intervención en la guerra de los moriscos y generando una propaganda negativa acerca de la capacidad naval española. Mientras tanto, Granada continuaría sin un ejército de élite y el Mediterráneo occidental quedaba más debilitado que antes.

A finales de abril, coincidiendo con el inicio de nuevas hostilidades por parte de los moriscos, se decidió organizar otra expedición. Los tercios llegaron al puerto de Adra en junio de 1569 y desde allí continuaron hasta la costa malagueña, donde desembarcaron el 3 de junio en Torrox y Torre del Mar. Allí entraron en combate contra los sublevados, y el 11 de junio don Luis de Requesens logró una aplastante victoria en Frigiliana, prácticamente sofocando con ello el alzamiento de la Axarquía. El gran comercio de esclavos (especialmente niños) que siguió a esta victoria inspiró tal miedo a los moriscos de esta zona que prácticamente eliminó la posibilidad de un rebrote del frente occidental. Mientras tanto continuaban llegando a Adra galeras con las tropas italianas y catalanas, tanto en los barcos de Álvaro de Bazán como en los de Sancho de Leyva.

Poco después, y con nuevos refuerzos traídos por las galeras del marqués de Santa Cruz a Adra, el contingente de los tercios fue movilizado desde esta plaza almeriense al mando del marqués de los Vélez. Tras avanzar lentamente hasta Berja daría poco después batalla en Lucainena, penetrando en el centro de la comarca alpujarreña en Ugíjar y luchando de nuevo en Válor. Desde allí, los tercios cruzaron la Sierra Nevada hasta colocarse en el altiplano granadino, donde en enero de 1570 el marqués de los Vélez fue relevado del mando por el propio don Juan de Austria en el cerco de Galera. El hermano del rey utilizaría este fuerte contingente italiano en su campaña por el Almanzora y nuevamente por las Alpujarras.

A la llegada de los tercios, el ejército de Felipe II tenía el grave problema de la bicefalia de los marqueses de Mondéjar y de los Vélez, manifiesta en la distinta forma en la que pretendían afrontar el conflicto. Nunca hubo consenso entre ambos y ello mermaba la capacidad de repuesta del ejército real. Don Juan de Austria acabó con esta



Tercios desfilando por las calles padulenses.
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
Los tercios fueron las unidades militares de élite de la Casa de Austria. Eran famosos por su resistencia en el campo de batalla y fueron fundamentales para mantener la hegemonía terrestre –y a veces también la marítima– del imperio español. En la guerra contra los moriscos intervinieron los tercios de Nápoles y Lombardía dirigidos por mandos muy conocidos en la historia española.
Durante el siglo XVI gran parte de los tercios estaban bien equipados. Por lo general usaron en su cabeza el morrión y se protegían el cuerpo con la armadura.



distorsión colocándose a la cabeza y apartando del conflicto a los dos marqueses. Desde su nombramiento en abril hasta diciembre no entró en combate, dedicándose por el contrario a establecer numerosas reformas en la organización, financiación y aprovisionamiento del ejército, así como en planificar la propia guerra.

Finalizando 1569 el Austria marcha sobre Güejar, con el fin de resolver el flanco sur de la ciudad de Granada, muy debilitado por la hostilidad de los moriscos. Tras la victoria de Güejar partiría definitivamente de Granada, en la que dejó al duque de Sessa como teniente de capitán general. A Baza llegó el 1 de enero de 1570, donde dispuso lentamente desde Huéscar el sitio sobre Galera.

El cerco de Galera comenzó el 24 de enero y aunque parecía un asalto fácil, una mala planificación hizo que fracasase el 27 de enero. Un nuevo asalto el día 7 de febrero se saldó con una contundente victoria seguida de uno de los castigos más severos que se dio a los moriscos durante la guerra. Don Juan había dado orden de guerra sin cuartel y de que se ejecutase a todos los moriscos. Se intentó violar a las moriscas, pero el Austria ordenó matarlas para que no distrajesen a la tropa. El mismo día en que cayó Galera se ordenó ejecutar a todos los prisioneros mayores de 12 años. Se calcula que murieron 4.500 civiles y 2.500 soldados. Otras 1.500 personas fueron esclavizadas y deportadas. Se quemó la ciudad, arrasándola, y se extendió sal en señal de castigo. Las tropas cristianas sufrieron unas 200 bajas y 500 heridos, pero el botín obtenido fue abundante, consistente en oro, seda, ropas y cereales. Desde

Don Juan de Austria Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
El hermano de Felipe II llegó a la ciudad de la Alhambra el 13 de abril de 1569 con el cargo de capitán general del reino de Granada. Entró en campaña el 28 de diciembre de 1569 y tomó el mando de los tercios el 18 de enero de 1570 en relevo del II marqués de los Vélez.

aquí, los tercios se trasladaron a la provincia de Almería para la campaña del río Almanzora.

El ejercito que comandaba don Juan estaba constituido por 12.200 hombres, de los cuales 800 eran jinetes. La infantería se repartía en 63 compañías. La intendencia para alimentar y asistir a tal ejercito era enorme: el tren de vituallas estaba formado por 700 carros, 1.400 bestias de carga, 16 cañones y 300 jinetes de escolta. Son famosísimos los nombres de quienes participaron en la contienda, experimentados soldados como Lope de Figueroa, Miguel de Moncada, Antillón, Acuña y tantos otros.

La dura batalla de Galera hizo ver a la monarquía hispana que la guerra sería más complicada de lo esperado. Esta dureza hizo que el propio Felipe II se trasladase en persona a Córdoba en febrero de 1570 para dar ánimo al ejército. Allí había convocado las Cortes para "dar calor a la guerra de Granada". Los discursos triunfalistas contra los moriscos y los turcos indicaban un ambiente muy caldeado. Precisamente en las Cortes, Felipe II fue consciente del enorme gasto que suponía la contienda, ya que villas y ciudades desviaban sostener unas levas demasiado pesadas, mostrándose para entonces exhaustas y reticentes a contribuir más a los conflictos de Granada y Almería.

Su disolución en 1571 coincidió con la expulsión definitiva de los moriscos y la confiscación de sus bienes, e inauguró un tiempo que abría un nuevo periodo para la historia del reino de Granada: la repoblación. Con el proceso repoblador en marcha, parte de las tropas se tuvo que quedar para proteger tanto la costa como a los nuevos repobladores en los pueblos del interior. Como parte lógica de este proceso, por tanto, muchos de los nuevos repobladores fueron componentes de las propias tropas que habían participado en el conflicto.

Las batallas de Serón

Abén Humeya fracasó en su intento por controlar las Alpujarras. Con ello no consiguió despejarlas de cristianos ni abrir una cabeza de puente en la costa que permitiera el libre acceso de sus correligionarios del norte de África y de Turquía. Esta situación le llevó a cambiar de estrategia, desplazando la guerra al sector oriental, zona más desguarnecida, con el fin de abrir la costa a los ansiados refuerzos.

En la segunda semana de junio, unos 2.000 alpujarreños entraron en el Almanzora y e inmediatamente se levantó la comarca. Tras la caída de Purchena, el 12 de junio de 1569, se encamina hacia la fortaleza de Serón, plaza que cerraba el paso insurrecto a Baza y al altiplano granadino. Este ataque coincidió con la llegada de los Tercios de Italia, que aplastaron el frente malagueño.

A fínales de junio se produjo el primer asedio de Serón por parte de Jerónimo el Maleh, capitán general del Almanzora, quien sublevó a la población morisca y comenzó el asedio de la fortaleza. El sitio duró 15 días, durante los cuales el hostigamiento fue fortísimo, tanto que el castillo estuvo a punto de caer, ya que fue minado por dos partes. El rumor de la llegada de refuerzos cristianos desde Baza atemorizó a los moriscos y provocó su huida el 9 de julio hacia Purchena, Tíjola y Bacares. En su retirada los sitiadores dejaron 3 hombres y tres viejas. Los hombres fueron ejecutados y las mujeres torturadas. La guarnición del castillo de Serón aprovecho la marcha de los moriscos para salir de la fortaleza y robar todo lo posible en las casas.



▲ Vista panorámica de Serón con su castillo
La localidad seronera fue clave en la guerra de los moriscos, pues protegía el valle del Almanzora en su frontera con Baza y era también la avanzadilla rebelde en su expansión por el altiplano granadino. Por su imponente fortaleza y la intrincada red de callejuelas de su trama urbana, el general Jerónimo el Malec la valoró como un sistema fortificado de primer orden en la contienda morisca.

Sin embargo, la villa de Serón no queda a salvo. Tras el fracaso del Maleh, Abén Humeya decidió iniciar un nuevo ataque. El 10 de julio, 5.000 moriscos se concentraron en la sierra de Bacares, desde donde cayeron de inmediato sobre la fortaleza. La situación en la zona se complicaba por momentos, pues se habían sublevado los 15 lugares del señorío de los Enríquez de Baza, con cabeza en Tahal, y se habían alzado también Sorbas y Lubrín. Con una extrema necesidad de armas y municiones y de un mayor refuerzo militar con tropas de Úbeda, Baeza y del adelantamiento de Cazorla, los cristianos atrincherados en Serón se disponían a aguantar un nuevo cerco.

Hubo una descoordinación tremenda entre las tropas realistas, lo que hizo que la espera de socorros fuese dramática. Por un lado don Juan mandó a don Alonso

de Carbajal, señor de Jódar, para que levantase el mayor número de hombres del reino de Jaén y socorriera la plaza. Al mismo tiempo, el propio Felipe II, conocedor de la situación, ordenó al Marqués de los Vélez, que estaba en Adra, que fuese rápidamente a socorrer Serón. Don Juan de Austria se enteró de la orden del rey cuando el señor de Jódar ya estaba en Baza con 1.500 arcabuceros, 50 caballos y bastantes hidalgos de Úbeda y Baeza. Como una orden real no podía ser contravenida, se frenó el avance de los jienenses y se decidió esperar a la llegada de don Luis Fajardo. Este último se retrasaba y antes al contrario, propuso que fuese la ciudad de Granada la que enviase a Serón un cuerpo con 1500 arcabuceros y 300 caballos, antes que tener que desplazarse a aquella plaza. Luego cambió de idea y encargó la empresa de Serón a su cuñado don Enrique Enríquez para que desde Baza enviase el socorro, al tiempo que don Juan Austria, convencido de que el socorro seronero correspondía a Vélez, ordenó al adelantado de Jódar que regresase a tierras de Jaén.

Estos bandazos y retrasos en los refuerzos pusieron en desesperada espera a Serón, que tan sólo vería cómo Baza levantaba un cuerpo de 500 arcabuceros y 70 caballos que fueron desbaratados por el Mecebe. La victoria morisca fue seguida en Serón con una gran fiesta. Los gritos de alegría y los tiros de arcabuz hicieron pensar a los sitiados en una derrota de sus socorros, desmoronando las pocas esperanzas que tenían de recibir ayuda. Acongojado por la sed y falta de recursos, Diego de Mirones, alcaide de Serón, salió de la fortaleza con 30 arcabuceros para buscar ayuda, pero fueron interceptados en el rio por los moriscos. Estos mataron a la mayoría del grupo, logrando huir Mirones, pero se perdió en la noche y finalmente fue apresado. Los generales moriscos le ofertaron la vida de todas los

sitiados a cambio de entregar la fortaleza. Confiados en este compromiso, se entregó el contingente, que capituló el 16 de julio de 1569. No se cumplió lo pactado y ese mismo día, al desalojar el castillo, mataron en la iglesia a todos los hombres y a 4 ancianas, secuestrando a unas 100 mujeres y niños. La venganza morisca se centró en los dos eclesiásticos que había en la localidad: ambos fueron atados a los extremos de una cuerda, que se suspendió de una almena del castillo de modo que los movimientos desesperados de los dos clérigos acabaron estrangulándolos.

Los primeros refuerzos llegaron al día siguiente desde Baza sin saber aún lo que había ocurrido, pero al acercarse a la villa se dieron cuenta de que el castillo estaba ocupado por los rebeldes. El 22 de julio, don Juan de Austria comunicaba al rey la caída de Serón y el peligro que se seguía con aquella pérdida. Un mes después moría don Enrique Enríquez, gravemente enfermo y acusado de ser el responsable de la desastrosa pérdida de Serón. Se trataba de un gravísimo fallo táctico, ya que abría las puertas del altiplano granadino a la expansión morisca y, peor aún, facilitaba que se expandiese, vía Baza, a los reinos de Murcia y Jaén.

Enríquez fue sustituido por don Antonio de Luna, maestre de campo experimentado que había servido al emperador en Italia. Vino con un cuerpo de 1.000 infantes y 100 caballos para frenar el avance morisco hasta la llegada de don Juan de Austria con los tercios de Italia. Su posición militar permitió cerrar la agresiva posición morisca de Serón, que no se resolvería hasta iniciarse el año siguiente.

Tras la toma de Galera el 6 de febrero de 1570, los tercios se dirigieron al Almanzora, donde el único obstáculo que tenían en el camino era la fortaleza de Serón, guarnición que defendía la entrada a la amplia

comarca. Una fuerte nevada retrasó el asalto, refugiándose el ejército de don Juan en Cúllar. Se enviaron tropas a Serón con el fin de reconocer el terreno, pero esta avanzadilla no logró analizar las defensas, y se aconsejó una marcha militar más cauta por la falta de información. El 17 de febrero don Juan partió definitivamente, ya que el tiempo jugaba a favor de los moriscos. Dispuso un nuevo grupo militar para reconocer las defensas seroneras, compuesto por con 2.000 arcabuceros bajo el mando de sus mejores militares. Iba don Luis de Requesens, y con él 200 jinetes, acompañado por el consejero particular de don Juan, su tío don Luis de Quijada. La llegada a los alrededores de la villa se produjo en la mañana del 18 de febrero. Los moriscos estaban esperándoles, mientras Serón quedaba guarnecida por la fortaleza y las tropas apostadas por los cerros circundantes. Aguas abajo esperaban 6.000 hombres comandados por Jerónimo el Maleh y Hernando el Habaquí, a la espera de entrar en combate.



Don Luis Méndez de Quijada (1505?– Caniles, 1570). Óleo del siglo XVI. Copia de Manuel San Gil y Villanueva, 1877. Museo del Prado.
Amigo personal del emperador, fue el ayo de don Juan de Austria durante su niñez y, tras su reconocimiento por la Casa real, fue Jefe de su Casa. Acompañó a don Juan a la contienda morisca y sufrió graves heridas en la primera batalla de Serón, muriendo de estas pocos días después.
La muerte del que don Juan llamó "su tío", supuso un fuerte golpe afectivo para el Habsburgo. La segunda batalla de Serón se convirtió en un durísimo choque militar con tintes revanchistas.



Los tercios cubriéndose con sus rodelas.
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
La primera batalla de Serón (17 de febrero de 1570) fue una humillante derrota cristiana. La confianza de los tercios en su superioridad les hizo caer en una trampa mortal en la red laberíntica de sus calles. Las bajas cristianas fueron muy numerosas y supusieron la muerte del ayo de don Juan de Austria.
La segunda batalla de Serón (28 de febrero de 1570) fue la victoria cristiana. De nada sirvieron las tácticas defensivas de los generales moriscos el Dalay y Moxaxar, quienes asesorados por el turco Caracax, no pudieron evitar la furia de los tercios que, aleccionados, no cayeron en su trampa mortal.

Pese a la defensa, las tropas castellanas penetraron por el cauce del río Almanzora, mientras don Juan quedó apostado en un cerro cercano para observar las operaciones. Iniciadas las escaramuzas militares, el ala derecha del ejercito real se desmandó y se dirigió a la villa, refugiándose los moriscos en el castillo, lo que aprovecharon los soldados para saquear las casas. El desmadre del ejército y su falta de precaución permitió a los moriscos salir del castillo y atacar a los soldados, provocando una autentica matanza en las intrincadas calles. Entre tanto, el resto del ejército de don Juan resistía como podía el ataque que el Maleh y el Habaquí orquestaban desde el río. En la refriega resultó herido don Luis Quijada, e incluso el mismísimo don Juan estuvo a punto de sucumbir. La fiereza de los rebeldes fue tal que los realistas tuvieron que retirarse hasta Caniles, quedando unos pocos soldados refugiados en la iglesia hasta que sucumbieron tres días más tarde. El balance fue de 500 soldados muertos del lado realista.

La indisciplina fue uno de los mayores problemas de las tropas cristianas. La codicia hacía que en cuanto veían la posibilidad de obtener un botín, incluidas las mujeres, se perdiera el orden. Ciertamente la soldadesca prefería saquear antes que entrar en combate, una situación que los moriscos aprovechaban para contraatacar. Las milicias concejiles no estaban compuestas por soldados profesionales como los tercios y eran propensas a desertar; no estaban entrenadas ni tenían una idea castrense. Antes al contrario, prevalecía en ellos la idea medieval de la guerra, consistente en atacar rápidamente las posiciones enemigas, robar lo que se podía y retirarse antes de que el enemigo se recompusiera. Esta fue la causa de la derrota infringida a don Juan de Austria, de la que sacaría una conclusión clara.

Entretanto, don Luis Quijada se debatía entre la vida y la muerte a causa de un balazo que recibió en el hombro. Se operó en Caniles el 19 de febrero, para morir finalmente el día 25. La muerte del tutor de don Juan causó un fuerte impacto en toda la casa de Austria, empezando por el propio Felipe II, que lo consideraba una de las personas de su máxima confianza y, sin duda, el mejor consejero de don Juan. Su entierro se celebró en Baza y lo presidió don Juan de Austria en nombre del propio rey, quien ordenó funerales de la máxima consideración a los que asistió la nobleza castellana.

La derrota de Serón ocasionó una severa preocupación al rey, sorprendido de que su todopoderoso ejército no hubiese podido vencer a un ejército de campesinos, aunque asesorados por los turcos. La situación de los moriscos tampoco era exultante: Jerónimo el Maleh había muerto en el Cenete y por tanto asumió el mando el Habaquí, que era partidario de un pacto con los cristianos. Por ello comenzaron tímidamente a realizarse unas primeras negociaciones, aunque don Juan estaba lleno de rabia por la derrota y la muerte de su tío, al que quería como un padre. La toma de Serón pasó a ser algo más que un objetivo militar, convirtiéndose en cuestión de honor para este general y sus tercios.

El 27 de febrero parten de Caniles 8.000 infantes y 500 jinetes de caballería, además de un importante cuerpo de artillería. Al ver al ejército, los moriscos acometieron la estrategia de huir a la sierra y esperar a que las tropas saqueasen la villa, al tiempo que avisaban al Habaquí, quien esperaba con su estado mayor en Tíjola y Purchena. En esta ocasión los soldados no cayeron en la trampa, lo que forzó a los moriscos a incendiar el castillo y las casas para evitar así su asedio.

Al día siguiente, don Juan mandó a sus tropas río abajo. A la vanguardia iba la caballería y detrás algo más

de 6.000 infantes. Por delante, un cuerpo con 1.500 arcabuceros se aprestaron a tomar posiciones contra el ejército morisco que venía rio arriba. Mientras tanto, otro importante destacamento de caballería tomaba posiciones en la villa de Serón. Al poco, el Habaquí presentó batalla. Don Juan giró a la izquierda, con el fin de que la artillería pudiese disparar con eficacia a los rebeldes que, ante el hostigamiento artillero, salieron del río y pasaron a la sierra, donde la caballería tenía limitada su eficacia. Pese a la inoperancia de los caballos por las enormes pendientes, las cargas fueron terribles, logrando que los moriscos empezasen a huir montaña arriba. La batalla fue un éxito total.

Felipe II recibió la noticia con júbilo, y destinó 6000 ducados de limosna a los conventos más pobres con la intención de que monjas y frailes de toda España ofreciesen misas por esta victoria de la cristiandad. Esto es una muestra de la ansiedad que había supuesto para la monarquía la derrota de Serón.

Don Juan permaneció en Serón planificando el avance por el Almanzora, reorganizando al ejército y esperando el avituallamiento que se enviaba desde Jaén. Se ordenó reforzar el castillo y, como don Juan enfermó, decidió quedarse más de lo previsto en la localidad, lo que aprovechó para esperar refuerzos que llegaban de los reinos de León y Castilla, además de varios jesuitas que actuaron como capellanes castrenses. El 9 de marzo de 1570 don Juan decidió levantar el campamento para continuar la guerra con los tercios aguas abajo del río Almanzora.



La batalla de Berja: Abén Humeya contra el marqués de los Vélez

La segunda fase de la rebelión se desarrolló entre marzo de 1569 y enero de 1570. Desde que Mondéjar volviera a Granada el 8 de marzo, Abén Humeya se había reorganizado y reforzado con la ayuda del bando radical. Para no tener problemas en esta reconstrucción del estado morisco, se levantó el sector malagueño. Ello consistió en la huida al monte de los moriscos y su atrincheramiento en puntos fuertes.

La estrategia inicial del rey morisco era abrir la costa a los refuerzos turcos, lo que le llevó, tras la campaña del Almanzora, a trasladar al sector oriental, zona más desguarnecida y a propósito, nuevamente la guerra. Para dislocar aún más a las tropas reales, por entonces también se levantó la Axarquía malagueña. Todo ello se realizaba dentro de una reorganización militar de Abén Humeya, quien depuraba y asesinaba a la facción moderada morisca a la vez que nombraba nuevos cargos para preparar la rebelión general. Todos estos movimientos eran seguidos de cerca por el II marqués de los Vélez, quien a mediados de junio levantó su ejército del río Andarax y, tras cruzar la sierra de Gádor por Vícar, cruzó el Campo de Dalías con el objetivo de cerrar el litoral a los rebeldes.

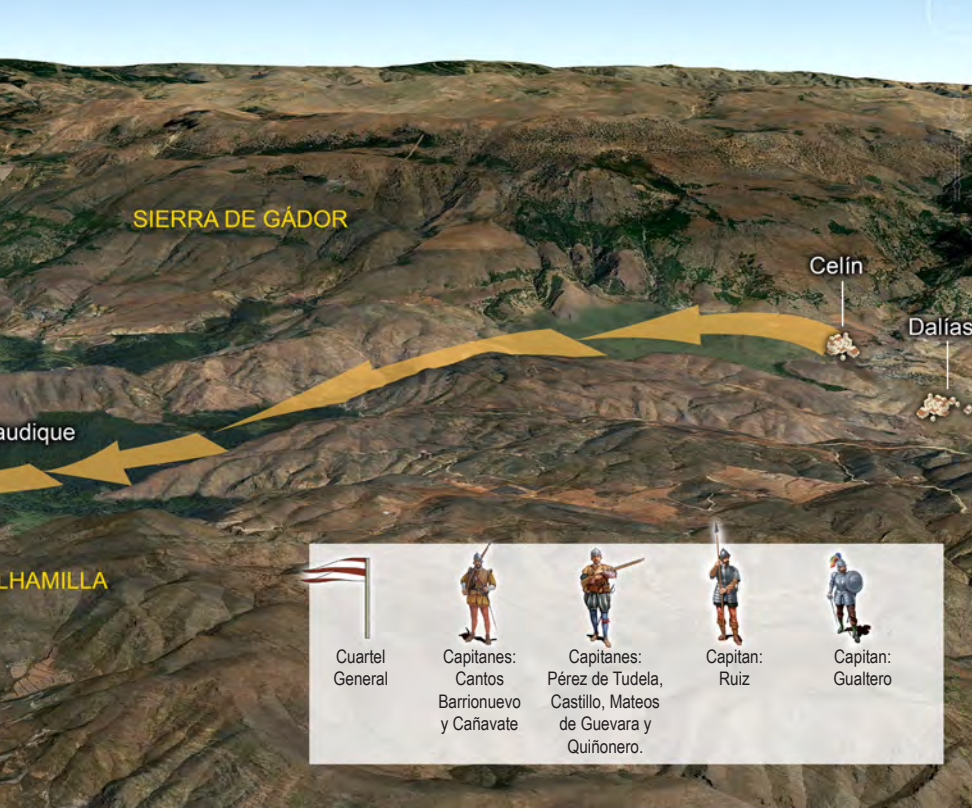
Preocupado por esta presión sobre la comarca y sus incontroladas consecuencias, don Juan de Austria

◀ **Torre de los Enciso (Berja), primera mitad del siglo XVI**
La primera fase de la batalla de Berja se dio en la calle del Agua, en donde la infantería del marqués utilizó las numerosas torres existentes como reducto fortificado contra el ataque morisco.



ordenó al marqués que parase su avance, lo que éste cumplió al acampar en Berja. Casualmente, con esta estrategia su ejército protegía la ciudad de Almería e impedía cualquier contacto morisco con el litoral, dando cobertura defensiva a la fortaleza de Adra, posible cabeza de puente para los rebeldes y sus ayudas norteafricanas.

El nuevo frente era insostenible para las fuerzas reales que había en la zona. Es justo en este momento cuando llegan los tercios de Italia, que se dirigen en primer lugar al sector malagueño logrando una aplastante victoria en Frigiliana el 11 de junio. Mientras tanto, Abén Humeya observaba desde Valor al marqués de los Vélez y ansiaba una salida al mar por el puerto de Adra. Fue entonces, apresurado por las circunstancias y antes de la vuelta de los tercios desde tierras malagueñas,



cuando decidió atacar a don Luis Fajardo, el mayor obstáculo que tenía entonces en la Alpujarra. El asalto morisco sobre Berja se organizó de manera escrupulosa, ya que querían aprovechar que la tropa del marqués era indisciplinada, toda vez que no podría recibir refuerzos a través del puerto de la Ragua.

A principios de junio de 1569 Abén Humeya puso en marcha un ejército con 3.000 arcabuceros y ballesteros, 2.000 piqueros y unos 400 soldados berberiscos. Le acompañarían sus mejores generales, el Zaguer, Jerónimo el Maleh, Abén Mequenun y Juan Gironcillo. Al ver los movimientos moriscos, el marqués de los Vélez envió espías que le informaron de la inminencia del ataque. Ante la imposibilidad de retirarse a Adra y el miedo a la deserción de los soldados, se acordó poner en estado de alerta a la tropa, vigilando todos los accesos a la

villa y encerrando a las prisioneras moriscas. La batalla tuvo lugar en los primeros días de julio. Vélez, prevenido como estaba, concentró a sus tropas en torno al zoco de Berja, al que convirtió en la plaza de armas (actual plaza de la Constitución). Fajardo se quedó en este espacio con la caballería y la vitualla, y se dispusieron diversas compañías apostadas en las diferentes entradas de Berja.

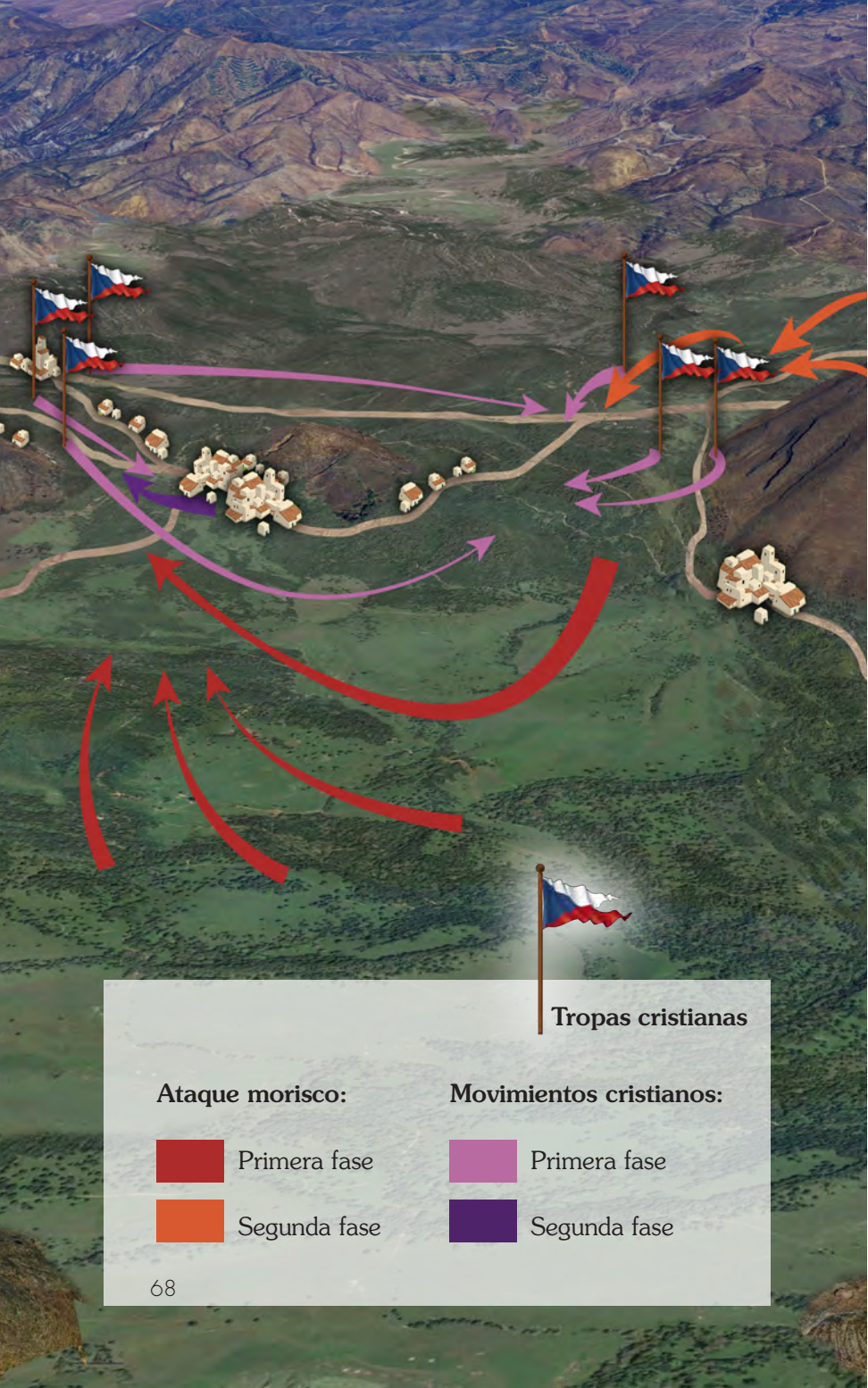
Abén Humeya, que venía desde Ugíjar, llegó a Berja en la madrugada del 2 de julio y puso su puesto de mando en la zona del Humilladero. Envió a unas compañías a atacar por Julbina, otras por el camino de Dalías y otras por la calle del Agua, con el objetivo de llegar cuanto antes a la plaza y capturar al marqués. Poco después el rey morisco pone su campo en el cerro de San Roque, desde donde dirige las operaciones de una de las batallas más encarnizadas de toda la guerra y que tuvo por escenario –poco usual– un casco urbano. Los moriscos llevaban las camisas blancas sobre los sayos, con el fin de reconocerse en la noche. Los acompañaban 400 berberiscos, recién incorporados y dispuestos a realizar la yihad, que habían prometido vencer o morir. Estaban usando la estrategia de la *encamisada*, un sorpresivo ataque sobre los enemigos que siempre era muy efectivo porque obtenía ventaja del desconcierto que provocaba.

El ataque se ejecutó desde diferentes frentes. Ante la primera embestida, las tropas cristianas que defendían la entrada la vía de Dalías se retiraron abandonando a sus capitanes y a las moriscas que custodiaban y refugiándose en la iglesia y las torres de la calle del Agua. Tuvieron que acudir otras compañías para frenar al enemigo por esta entrada. Los moriscos que venían del Humilladero ejercieron una presión tremenda para intentar llegar a la plaza y tomar la calle del Agua. El

marqués reforzó la arcabucería en las cuatro calles que daban a la plaza y los arcabuceros, parapetados en las casas, mataron a un gran número de enemigos. Abén Humeya enviaba una oleada humana tras otra, intentando vencer en las calles. Entre los enviados iban incluso *muhaydines*, mártires de la fe. Se trataba de voluntarios berberiscos que habían jurado morir por Allah en la esperanza de que irían al paraíso si luchaban contra los infieles.

Sin miedo a los arcabuzados, los muhaydines y moriscos ejercieron tal presión sobre la calle del Agua que ello dio incluso ocasión a que las filas realistas rompieran la formación huyendo en tropel sobre la plaza de armas. El desbarajuste que se produjo fue terrible, y los bagajes tirados, la destrucción de tiendas y el desconcierto de los huidos hacían peligrar la batalla. Fue entonces cuando el marqués ordenó desguarnecer las calles donde aún no había habido ataque, lo que los moriscos interpretaron como una debilidad de Fajardo. Desviaron entonces su asalto a estos sectores, lo que supuso una fatal decisión rebelde.

Al dejar de presionar los moriscos sobre la calle del Agua y, por el contrario, concentrar su ataque en las calles al sur de la plaza, el marqués lanzó una carga de caballería sobre el sector de la Fuente Toro. Ello logró frenar a los moriscos, que ante el empuje incuestionable de los caballos empezaron a retirarse, lo que unió de inmediato a la infantería. El propio Vélez se lanzó al ataque y, ante la furia de los soldados, los sublevados no tuvieron más remedio que retirarse por las calles que subían a la sierra. Las crónicas hablan exageradamente de una pérdida de 1400 efectivos, 400 de ellos en la calle del Agua, dato éste mucho más cercano a lo ocurrido aunque sigue siendo un número terrible por su magnitud. Terminada la batalla, el marqués decidió


Tropas cristianas
Ataque morisco:
Primera fase
Segunda fase
Movimientos cristianos:
Primera fase
Segunda fase

desplazarse a Adra, mucho más a propósito con objeto de no tentar la suerte en un posible segundo ataque.

El fracaso de la batalla de Berja y de la rebelión en Málaga no impidió que durante aquel verano de 1569 se continuase alzando la tierra. En ese mismo mes se sacó a los moriscos del Albaicín, incautándoseles todos sus bienes, lo que vino a aumentar la animosidad morisca. Abén Humeya necesitaba controlar un puerto de mar para poder recibir los refuerzos turcos, y con este motivo desplegaría una vasta ofensiva en el norte del sector oriental para distraer la atención y también al norte. Tomó las riendas de esta ofensiva Jerónimo el Maleh.

Estos momentos fueron angustiosos para las tropas reales en toda la zona. Los moriscos asentaban golpes en villas jienenses como Quesada. Al norte de Baza, en Benamaurel, sus moriscos, al verse libres en sus movimientos, contactaron con sus correligionarios de Ricote en el reino de Murcia, y con los de Elda y Nobelda en el de Valencia. El virrey de Valencia –conde de Benavente– decidió formar un cordón sanitario que aislase la frontera granadina. El peligro de que la guerra se extendiese era extremo.

Mientras tanto, Abén Humeya concentraba tropas en Huécija para tomar la ciudad de Almería. El gobernador García de Villarroel logró desbaratar nuevamente a los moriscos el 25 de julio, evitando que lograsen un puerto de mar. Al norte, la precaria defensa de Baza había llegado a afectar a Huéscar, señorío de los duques de Alba, que se apresuró a defender el territorio. Esta movilización impidió a los sublevados contactar con los

Desarrollo de la batalla de Berja
En un primer momento el desarrollo fue favorable a la infantería rebelde. En un segundo momento, la estrategia de lanzar la caballería sobre los moriscos dio la victoria a las armas cristianas.

reinos levantinos. Para aligerar la presión morisca del altiplano, el marqués de los Vélez recibió órdenes de salir de Adra, acampado allí desde la batalla de Berja, y en donde a lo largo de aquellos días había recibido a los tercios de Italia tras su acción en Frigiliana.

El marqués de los Vélez salió de Adra el 26 de julio en su III campaña. El rey morisco seguía detenidamente los movimientos de Fajardo, ya que temía que otro ejercito saliese de Granada entrando por la otra parte de la Alpujarra y pudiera realizar una tenaza que los atrapase. Para evitar esta posibilidad, ordenó que se organizase la defensa del valle de Lecrín. En su avance, el marqués de los Vélez, tras dar batalla en Lucainena a los moriscos y cruzar por Ugíjar, lograría el 3 de agosto derrotar al ejército de Abén Humeya en Valor, su villa natal. A pesar de la victoria, la falta de coordinación y las disensiones entre don Juan de Austria y el marqués condujeron a un total desbarajuste de la intendencia, llevando a éste último a cruzar con los tercios la Sierra Nevada e instalarse en la Calahorra, donde para su desgracia empezó a deshacerse su ejército. Los moriscos aprovecharon el caos de las tropas cristianas para volver a controlar la tierra, alertados por las noticias de que el sultán turco enviaría ayuda.

La importancia otorgada a la expulsión de los moriscos del Albaicín había descuidado la rebelión. Las tropas reales se mostraban ociosas mientras la insurrección se agudizaba, extendiéndose sin control. La resistencia al más importante monarca de todo el planeta, en pleno corazón de su reino, era un mal ejemplo para el resto de los soberanos europeos. Las incursiones de piratas berberiscos en las costas del reino de Valencia eran observadas por el conde de Benavente como muy peligrosas, pues los espías indicaban una posible intervención del rey de Argel.



▲ **Arcabucería cristiana. Fotografía de Jordi Bru (Recreación histórica Castillo de Carboneras siglo XVI)**
Pese a la superioridad técnica de las tropas del marqués de los Vélez con el uso de descargas de arcabuz, el ímpetu morisco con los muyahidines en vanguardia, hizo retroceder a la infantería cristiana.

El primer contingente turco, al mando de El Hoscein, llegó a la Alpujarra en agosto y comenzó a organizar militarmente al ejército de los moriscos. Se lanzó un contraataque en el valle de Lecrín, atacando El Padul el 21 de agosto y amenazando a la mismísima Granada. En el frente norte, a la muerte de don Enrique Enríquez, su sustituto don Antonio de Luna logró a duras penas pacificar el altiplano.

Mientras, en la capital del reino de Granada las críticas por la gestión del conflicto clamaban al cielo. La familia Mendoza, que hasta la fecha había controlado la ciudad de Granada, perdió su poder y el título de capitán general del reino de Granada. Ello afectó al trato a los moriscos, y puede considerarse que resultó ganando la vía más intransigente del sector realista.

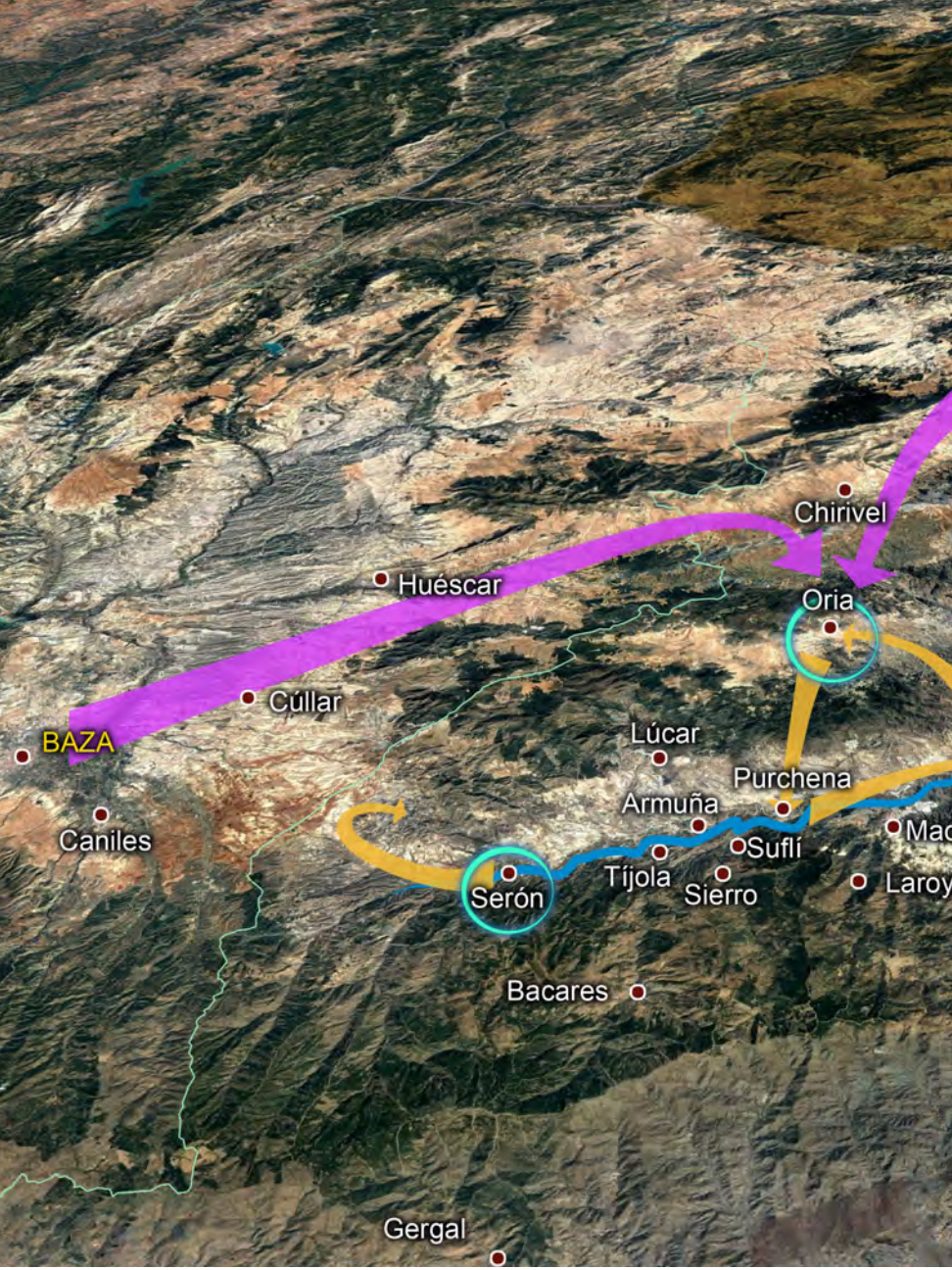
Entretanto, los escenarios bélicos no cesaban. Los moriscos llegan a sitiar Baza el 8 de septiembre, atacan-

do los molinos de ribera y asaltando Cúllar. Se pretendía rebelar a todo el altiplano con el fin de distraer a las tropas cristianas para ocupar el ansiado puerto al mar. Puesto que el marqués de los Velez estaba desbaratado en La Calahorra, Abén Humeya decidió atacar el flanco sur de su señorío, área tremendamente desguarnecida. A mediados de septiembre de 1569 la mayoría de las localidades del Almanzora pondrían sitio a Vera y Cuevas (25 de septiembre), pero fracasaron, haciendo imposible su acercamiento al litoral. El desplazamiento del frente al oriente de la provincia de Almería obligó a un nuevo esfuerzo defensivo de los reinos de Murcia y Valencia, orientados a captar hombres y recursos para impedir la expansión del conflicto por sus tierras

Las tomas de Oria y Vera

La fortaleza de Oria fue de suma importancia desde el inicio de la rebelión. El 4 de enero de 1569 el II marqués de los Vélez concentró un fuerte contingente militar murciano para actuar en el conflicto cuando fuese necesario. Oria era un punto estratégico que comunicaba rápidamente Los Vélez con el valle del Almanzora. Este castillo tenía fama de seguro en toda la región; de modo que cuando algunos pueblos del Almanzora medio se sublevaron y Jerónimo el Maleh intentó poner cerco al castillo de Serón, algunos vecinos de la zona no dudaron en llevar allí a sus familias. Sin embargo, la resistencia seronera obligó al general morisco a cambiar de estrategia, disponiéndose a sitiar Oria. El miedo a la extensión del conflicto por los reinos de Jaén, Murcia y Valencia hizo que Huéscar enviase tropas para reforzar Oria, lo que en la primera semana de enero de 1569 facilitó la liberación del sitio.

Tras una relativa calma, en junio de 1569 se iniciaron los problemas en el Almanzora. El día 12 la fortaleza de Purchena cayó en manos rebeldes. Los cristianos viejos de esta localidad alertaron a todos los lugares cercanos, de modo que lograron salvarse nuevamente gracias al refugio que proporcionó Oria y, también en este caso, Vera. Poco después se puso cerco a Serón, pero la resistencia de esta villa hizo que los moriscos se fijasen, aguas abajo, en la fortaleza de Cantoria. Al conocerse su asedio, el gobernador de Oria no dudó en mandar refuerzos, sabedor de que con la resistencia de la fortificación cantoriana también facilitaba la defensa oriolana.



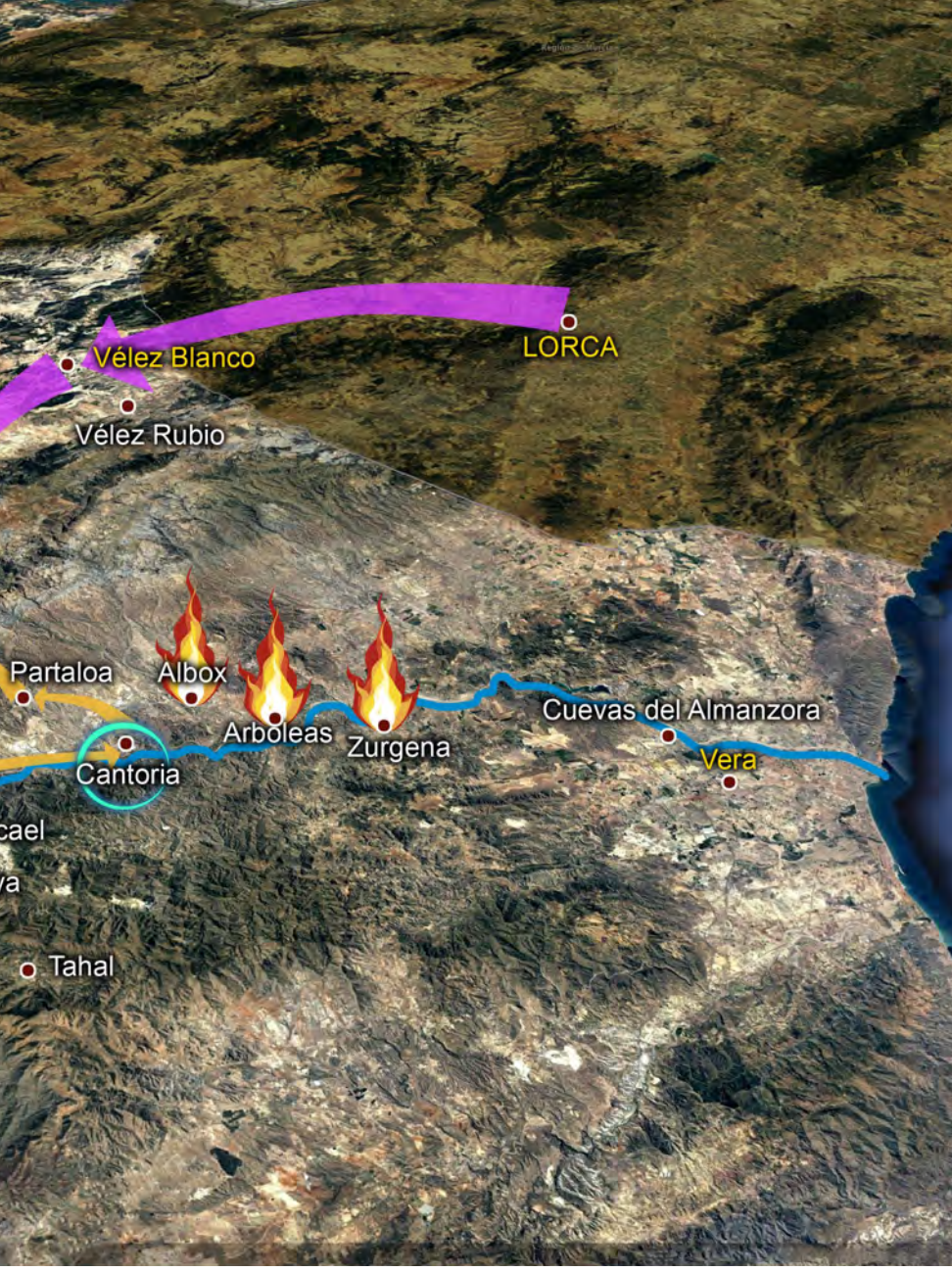
Primer asalto a Oria:

Cristianos

Moriscos

Cerco

Villas alzadas


LORCA
Vélez Blanco
Vélez Rubio
Partaloa
Albox
Arboleas
Zurgena
Cuevas del Almanzora
Vera
Cantoria
cael
Tahal

La participación de cristianos nuevos de Oria en el contingente militar que participó en la guerra contra los moriscos demuestra sobradamente su negativa a sublevarse. Lo mismo ocurría con los de Cantoria, ratificando la teoría de cómo hubo amplios sectores de la minoría en la jurisdicción marquesal velezana que colaboraron con los cristianos viejos. Así las cosas, cuando llegaron los socorros a Cantoria sus moriscos habían huido, por lo que don Luis Fajardo, el hijo del marqués –de unos 13 o 14 años–, a quien su padre había puesto de gobernador del castillo, maliciándose que podía tratarse de un ardid para atacar Oria, retornó inmediatamente, trasladando a esta fortaleza un importante número de esclavos moriscos.

Mientras tanto, el Maleh continuaba sublevando lugares río abajo (Partaloa, Albox, Arboleas, Albanchez,…), hasta llegar a las puertas de Zurgena. Al poco de regresar a Oria don Luis Fajardo, el Maleh puso sitio a la fortaleza, demostrando que aquél no iba descaminado en sus pesamientos. Ayudarían a Fajardo a defender este castillo las tropas proporcionadas por los oscenses y el apoyo logístico lorquino, consistente sobre todo en bastimentos para resistir un cerco.

El ejército morisco, que se presentó en Cantoria y terminó ocupándola sin pelear, facilitó la operación, que se completó con la instalación de un presidio en Zurgena para cerrar el paso a posibles socorros por el río. Fue el 24 de julio cuando se presentó a las puertas de Oria un ejército de 3.000 moriscos. Para la ocasión levantaron a los cristianos nuevos de esta villa, que hasta este momento se habían mantenido al margen de la sublevación. El objetivo final era conquistar la fortaleza de Vélez Blanco, aunque para afrontar tamaño peligro se logró un nuevo empuje por parte de Baza y Lorca, cuyos refuerzos salvaron la situación.



▲ **Músicos y danzantes moriscos. Christoph Weiditz (1529)**
Los ataques moriscos iban precedidos de música que enardecía a la tropa e intimidaba al enemigo.

La llegada de los socorros bastetanos y lorquinos impidió finalmente que Oria sufriese un cerco demasiado largo, lo que desestimó el asalto morisco a Vélez Blanco. Los moriscos sublevados de Oria, empero, crearon una cuadrilla de unos 150 hombres que sembró el terror en la zona. Entre sus efectos más sonados está el ataque a Albox, donde mataron a 40 cristianos viejos y apresaron a 13 mujeres y dos muchachos, quemando las casas y secuestrando al sacerdote, al que vendieron en Purchena como esclavo para Argel.

A finales de octubre el Maleh ponía en marcha un asalto casi simultáneo a Caniles, Galera y Oria, en este último caso para dislocar el señorío de los Vélez. El castillo señorial resistiría de nuevo, convirtiéndose en la única fortaleza del alto Almanzora que no fue tomada por los moriscos. Fue un símbolo de resistencia frente a los ataques de el Maleh y también



Segundo asalto a Oria.

El-Maleh

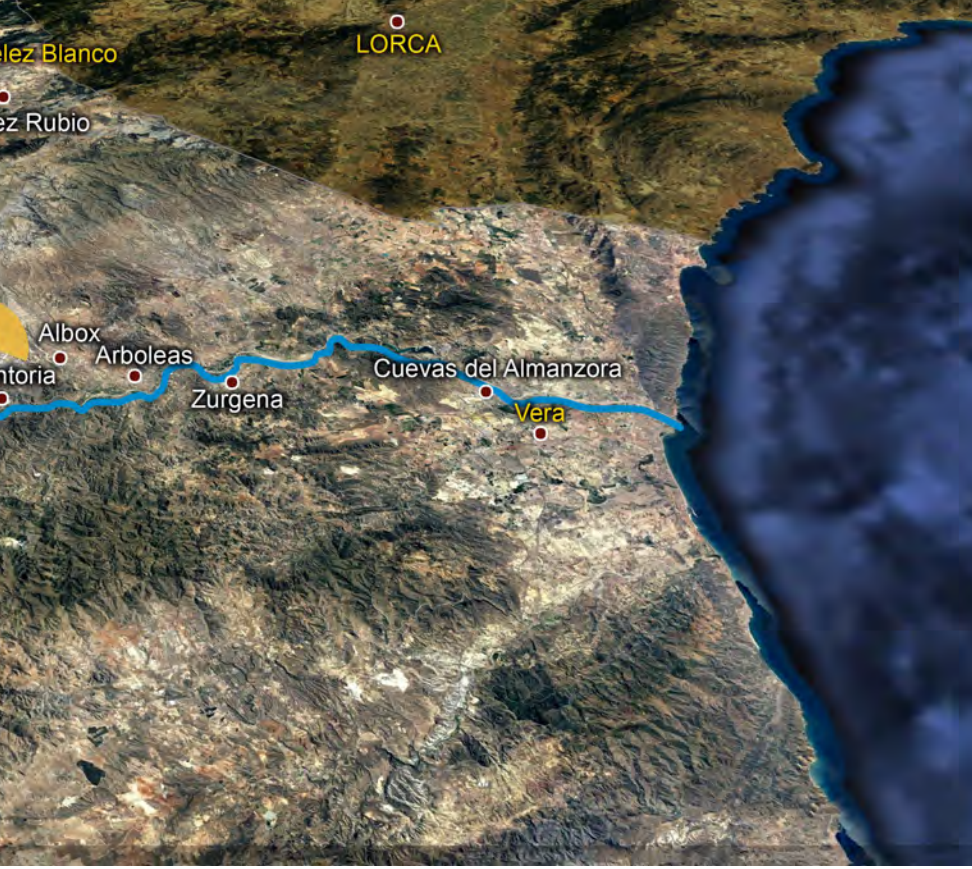
D. Luis Fajardo

Tropas bastetanas

Villas alzadas

el lugar donde se pudieron refugiar los cristianos de la comarca.

Tras fracasar los moriscos en Vera y Cuevas, y producirse el magnicidio de Abén Humeya (finales de septiembre), su sucesor Abén Aboo reanudó su estrategia ofensiva en el valle del Almanzora, rescatando el proyecto de extender la revuelta por los reinos de Jaén, Murcia y Granada. Ante el nuevo peligro que se cernía



sobre la fortaleza de Oria, esta volvió a reforzarse, y los contingentes llegados de refuerzo lo hicieron en el momento justo que el Maleh puso en marcha el ataque en el sector.

En noviembre se presentó un ejército con cerca de 2.000 moriscos que dio lugar al nuevo cerco sobre esta fortaleza. Lorca envió una tropa de 700 infantes y 70 caballos, que se dirigieron en primer lugar a Vélez Blanco a proteger la capital del señorío de los Vélez –llegaron el 7 de noviembre–, mientras se endurecía el cerco que el Maleh ponía a Oria. El ejército de murcianos se detuvo en la capital del señorío para reforzarse, de modo que el día 10 partió para levantar el sitio. Al enterarse, el Maleh abandonó Oria y retrocedió a Cantoria.



Asaltantes moriscos con alfanjes y adargas. Fotografía de Jordi Bru (Recreación histórica Castillo Carboneras siglo XVI)
Alfanje es una espada de hoja ancha y curva, con filo en un solo lado que durante la Edad Media y hasta el Renacimiento se empleó en la península Ibérica.
La adarga es un escudo hecho de cuero y de forma ovalada y posteriormente con forma de corazón. Usado originalmente por la caballería musulmana de Al-Ándalus, con el nombre de addárqa. Era muy resistente a la espada, a la lanza y a la flecha.

Esta operación militar, si bien alivió la presión rebelde en la zona, no la eliminó del todo, pues la posesión morisca de las fortalezas de Serón y Galera complicaba cualquier gestión en el territorio. El asalto de Serón y la caída de Tíjola supusieron definitivamente para Oria dejar de ser una fortaleza de vanguardia, convirtiéndose desde entonces en un castillo de retaguardia.

Por lo que respecta a Vera, como ya se ha visto, su asalto se encuentra dentro de la estrategia morisca de sublevar el Almanzora. El objetivo era liberar la costa para controlar un espacio por donde pudiesen llegar los refuerzos turcos. Conocido por los espías que desde Lorca se habían enviado esos refuerzos en la primera quincena de septiembre, se confirmaba la inminencia del ataque.

A tenor de las noticias que llegaban del servicio de espionaje, el 20 septiembre Vera empezó a prepararse para resistir el ataque morisco. Cuando los ánimos estaban caldeados, el día 24 los rebeldes descargaron su ata-

que sobre Vera, ciudad que fue cercada por el propio Abén Humeya. Los asaltantes se prepararon rezando a Allah para que les ayudase con un ceremonial propio de una guerra santa y lanzando una salva de arcabuces para anunciar el ataque. El alcalde mayor de Vera sacó sus tropas a escaramucear, para distraer al enemigo y enviar correos a Lorca. Acto seguido, los veratenses se atrincheraron en la población, donde ofrecieron una fuerte resistencia. Ello forzó a los moriscos a instalarse en las afueras. Dispusieron dos tiros artilleros en el Cabecico que fueron todo un desastre, pues una de las "piecezuelas" reventó y la otra quedó inutilizada por la muerte de su artillero. Las horas que siguieron fueron un puro tiroteo entre los dos bandos, que sirvió para dar tiempo a que llegasen los lorquinos.

A Lorca ya había llegado la noticia por el sistema de almenaras a largo de la costa el mismo día que se inició el cerco. Con todo dispuesto, la milicia marchó hacia Vera a toda prisa, y al tener noticia de este hecho Abén Humeya levantó el cerco el día 25 de septiembre, festividad de San Cleofás, pero ello no le hizo desistir de ocupar una plaza litoral. En efecto, el mismo día sitiaba Cuevas de Almanzora, en un intento supremo por alcanzar su objetivo de tener una cabeza de puente a las ayudas norteafricanas. El rey morisco intentó alzar a los cristianos nuevos cuevanos que, pese a los robos y humillaciones que habían sufrido, se resistieron a unirse y prefirieron huir a la sierra antes que sumarse a las tropas sublevadas. Tras los primeros momentos revolucionarios se dispuso el cerco al castillo al tiempo que se talaban los campos, especialmente la huerta y finca de recreo que allí tenía el marqués de los Vélez.

Conocido este segundo intento de asalto, los socorros lorquinos decidieron continuar en persecución de los moriscos. Para ser más efectivos se dividieron con

objeto de capturar al ejército rebelde, y a ellos se unieron algunos veratenses. Abén Humeya no tuvo más remedio que volver a levantar el nuevo cerco. Frustrados sus dos asaltos, regresó a la Alpujarra donde, convencido del fatal destino de la rebelión, trató de negociar una paz con don Juan de Austria. No obstante, fue asesinado por el ala más radical morisca, interesada en continuar las hostilidades.

Un hecho lamentable en la defensa de Cuevas fue que los propios cuevanos empezaron a saquear las casas de los moriscos llevándose el aceite, seda, grano y todo lo que de valor encontraban. Entonces los ejércitos lorquinos y veratenses, al no haber capturado al ejército morisco -y por tanto no haber sacado partido de ello-, decidieron sumarse a la locura del robo. Ávidos de botín comenzaron también el saqueo de la villa cuevana, lo que desencadenó una batalla entre cristianos viejos. La batalla campal entre los soldados del castillo y sus propios salvadores fue terrible. Campaba por doquier la fiebre de robo, y no fue sino una lucha entre depredadores. El alcaide del castillo de Cuevas, a pesar de que él mismo había iniciado los robos, trató de impedir la vorágine, pero la confrontación se agudizó con tiros de artillería y arcabuces desde el castillo a los que se respondió con pólvora desde el exterior. La villa de Cuevas quedó desolada más por los cristianos viejos que por los propios rebeldes moriscos.

Las Paces de los moriscos

El alzamiento de las Alpujarras siempre se ha visto como una lucha entre dos bandos irreconciliables que buscaban la destrucción del otro. Sin embargo, esta idea monolítica no corresponde a la realidad histórica, pues ni todos los moriscos quisieron alzarse, *he ahí a los moriscos de paces,* ni todos los alzados tenían la misma opinión del modo de empezar y concluir la guerra, como tendremos ocasión de ver. De igual modo, en el bando realista las ideas sobre cómo afrontar cualquier conflicto pivotaban entre los *ebolistas*, liderados por el Príncipe de Éboli, que propugnaban alcanzar pactos con los enemigos para así evitar la sangría humana y económica que sufría la monarquía, y los *albistas*, encabezados por el duque de Alba y partidarios de mostrar militarmente la dureza de España allá donde hiciera falta. De estos últimos, en un ala radical se encontraba la corriente ortodoxa, encabezada por el Cardenal Espinosa –Presidente del Consejo de Castilla–, que era la que estaba en plena privanza.

Cuando en 1567, fruto de la política ortodoxa que entonces imperaba en la Corona, se dictó la *Real Pragmática,* entre los moriscos se formaron dos bandos: el que apostó por la negociación para derogarla – *pactistas*– y aquellos partidarios del alzamiento –*intransigentes*–, cuyo objetivo era hacer recapacitar al rey. La intransigencia de Felipe II, por entonces en plena vigencia ortodoxa liderada por su primer ministro –Cardenal Espinosa– y su representante en Granada, don Pedro de Deza, presidente de la Real Chancillería, provocó

que el bando de los intransigentes ganase poco a poco seguidores. Los partidarios del diálogo, entre los que se encontraban el Habaquí y Hernández Mofadal, o bien se rindieron a la voluntad regia o progresivamente se pasaron al bando contrario.

A la altura de marzo de 1568 el bando partidario de la rebelión era superior al pactista. Ahora bien, en sus filas habían ingresado muchos de los moriscos pactistas, cuya corriente de pensamiento se hizo notar desde el mismo momento en que comenzó la conjura. Así las cosas, entre los sediciosos había una estratificación de ideas bien distintas: Estaban los *radicales*, que eran partidarios de crear un estado musulmán y aliarse con sus correligionarios del norte de África, mayoritariamente la postura más extendida en la Alpujarra. Sin embargo, en el polo opuesto se encontraban los moriscos del Albaicín de Granada, mucho más *moderados* y convencidos que una pequeña guerra haría cambiar el parecer de Felipe II y les forzaría a pactar un acuerdo favorable.

En el mismo inicio de la sublevación esta división se hizo ya evidente, pues los albaicineros proponían como rey de los moriscos a Farax Abén Farax, pero los alpujarreños, en un golpe de efecto, nombraron a un Valorí: Hernando de Córdoba y Válor (Abén Humeya). El primero pertenecía a la corriente radical y se rodeó de un grupo de sangrientos monfíes (el Seniz, el Partal…), mientras que el segundo evitó comprometerse tanto con unos como con otros y procuró evitar el enfrentamiento en todos los casos. Sin embargo, desde el principio, y dadas las atrocidades cometidas por los radicales contra los cristianos viejos (*mártires de la Alpujarra*) y la falta de medios logísticos, hubo voces sensatas que dijeron que había llegado el momento de pactar.

"Faltos de experiencia, de armas, de caballos, de navíos y de muros donde asegurarnos", eran las pala-



▲ **Lectura de bando de reducción de los moriscos. Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)** Hernando de Soto, secretario de don Juan de Austria (sentado) y el duque de Sessa, lee en Padules el Bando de Santa Fe de Mondújar para la reducción morisca.

bras que dirigió Hernando de Córdoba el Zaguer a los alguaciles alpujarreños en enero de 1569 con el fin de cesar las hostilidades ante una derrota segura. La reflexión de Abén Xaguar –como también se le conocía– supuso un mazazo para la sedición, pues provenía del tío del cabecilla morisco, Abén Humeya, y un destacado artífice de la rebelión. Finalmente sus palabras sentaron el principio de una reducción en el sector occidental alpujarreño, actuando como interlocutor realista el II marqués de Modéjar, Capitán General de Granada, al que el 19 de enero de 1569 en Jubiles se redujeron 16 alguaciles. Entregaron sus armas sin más recompensa que la clemencia y el perdón real a sus actos.

La gran masa alzada convenía en no reducirse y seguir luchando, aunque sin la crueldad de los radicales. La postura de los seguidores de Abén Humeya fue depurar a los que pretendían reducirse y acercarse a

los radicales, ya que los necesitaban para mantener la lucha contra los realistas. Durante los primeros meses de 1569 los moriscos se mostraron tranquilos. Se redujo Órgiva e incluso hubo un momento en el que Abén Humeya y su tío el Zaguer casi estuvieron a punto de caer prisioneros en Valor. Un poco más adelante, cuando Mondéjar estuvo frente a Abén Humeya, y teniendo por interlocutor a don Alonso Granada–Venegas –descendiente de los reyes nazaríes–, se intentó pactar en Paterna del Río un acuerdo que resultó un estrepitoso fracaso.

Abocados a continuar la guerra, durante el segundo trimestre de 1569 vieron cómo la presión ejercida por los radicales moriscos y los desmanes de las tropas reales alejaban la posibilidad de una salida pacífica al conflicto. Fue entonces cuando Abén Humeya sacrificó cualquier intento de reducción y, además de mandar asesinar en Ugíjar a gran parte de sus contrarios –entre ellos muchos familiares–, reorganizó un nuevo ejército regular con ayudas venidas del norte de África y alzó nuevas tierras, especialmente en el oriente de la provincia de Almería. Desde este momento cualquier atisbo de opinión sobre el diálogo con los realistas quedó eliminado.

Fue entonces cuando comenzaron a desertar los moderados. Hernando el Zaguer inicialmente pretendía retirarse a Berbería con parte de los fondos recaudados para la lucha; el Partal marchó a Berbería, lo mismo que Abén Daud... Para salir adelante en su empeño de consolidar el estado morisco, Abén Humeya recurrió a

El secretario Soto bate una bandera morisca. ▶
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules1570)
Tras la entrega hecha por Hernando el Habaquí de armas y banderas en Padules era costumbre ondear las insignias en prueba de posesión y dominio.



la ayuda exterior, pues eran pocos los alcaides moriscos de autoridad que le quedaban. La llegada de los turcos a Almería trajo consigo la reavivación de la lucha a toda costa, favoreciendo la radicalización de ideas. Así las cosas, se consiguió evitar la reducción y la presencia de los moderados en el gobierno, aunque a medida que avanzaba el conflicto la necesidad de esa postura se fue haciendo cada vez más evidente. Las derrotas del verano de 1569 llevaron al propio Abén Humeya a convencerse de la debacle y trató de reducirse enviando cartas a don Juan de Austria, nuevo capitán general de Granada, lo que le supuso su asesinato en Laujar de Andarax a finales de septiembre.

Tras el magnicidio, en octubre le sucedió en el trono su primo Diego López con el nombre de Muley Abdallá Abén Aboo, quien introdujo a los radicales definitivamente en el gobierno, incluyendo dos consejeros turcos: Caracax y Dali. El control de la Sublime Puerta a partir de este instante sobre el soberano morisco fue muy importante, tanto que su coronación fue ratificada por el bey de Argel. Esta influencia supuso el alejamiento definitivo de bastantes dirigentes moriscos, que debieron alejarse a los territorios periféricos, circunstancia que, a la larga, fue beneficiosa.

La guerra a toda costa era difícil de soportar para un pueblo fatalmente aislado y sin recursos para hacer frente a la maquinaria de guerra filipina. La entrada en campaña del propio don Juan de Austria con los tercios de Italia en enero de 1570 significó la derrota morisca más temprano que tarde. El temor a una guerra dura en el valle hizo resurgir de nuevo las voces que propugnaban una reducción. Fue en este territorio alejado de la Alpujarra, mucho menos radicalizado y alzado durante menos tiempo, donde prosperó la corriente moderada. Encabezó esta idea Hernando el Habaquí, capitán ge-



▲ Los moriscos entregan las armas
Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules 1570)
En Padules se realizó la reducción morisca poniendo a los pies de don Juan de Austria sus armas.

neral del Almanzora, quien en febrero había sustituido en el mando a Jerónimo el Maleh.

Los tratos se iniciaron en la sierra de Aldeire con Hernando de Barradas, regidor de Guadix que conocía desde joven al general morisco, que era natural de aquella tierra. Sin embargo las reticencias iniciales hicieron que hubiera que realizar dos reuniones más (Tíjola y Purchena) y con otros interlocutores realistas (Francisco de Molina Abénaxara, de la nobleza morisca, y Francisco Fernández de Córdoba, jefe de la Casa de don Juan de Austria) para sentar el principio de la reducción, que se abrió paso definitivamente el 21 de marzo con el decreto de el Habaquí de la reducción de los moriscos del valle del Almanzora. Sin embargo el territorio más radical, la Alpujarra, todavía sería motivo de más negociaciones.

Al iniciarse la entrada de don Juan de Austria en el río Andarax, los sectores más moderados volvieron a



▲ Don Juan de Austria y Hernando el Habaqui. Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules1570)
Don Juan de Austria con Hernando el Habaquí en el acto de reducción de los moriscos en Padules.

emerger. Fue fundamental la entrevista que mantuvo el hermano de Felipe II en Mondújar –donde se alojó– con don Alonso Aviz Granada–Venegas, también descendiente de la casa real nasrí. Así las cosas, y ante la presión que se ejercía, el 22 de abril Abén Aboo ratificó las negociaciones que comenzó el Habaquí en el Almanzora para que éste mismo las continuase en esta comarca. Finalmente, al día siguiente, 23 de abril de 1570, don Juan de Austria decretaba en Santa Fe de Mondujar el Bando de Reducción de los moriscos (*Bando de Santa Fe*), trasladando su real aguas arriba. Acampado en Padules para mejorar el proceso de negociación, el 1 de mayo escribe a Felipe II comentándole que la guerra prácticamente había terminado. El Habaquí, que situó su estado mayor en Fondón para estar también cerca de los acontecimientos, el día 4 de mayo pidió incluir en las negociaciones, como interlocutores regios, a Alonso

Aviz Granada– Venegas y al doctor Diego Marín, sacerdote, ambos de la élite morisca y garantes de confianza.

A través de correos y veredas se estuvieron comunicando, realizándose las entrevistas bajo una encina, en el llamado *Cortijo de la Paces*. El transcurso de las mismas fue seguido muy de cerca desde Fondón y Padules por el Habaquí y don Juan de Austria, respectivamente. Casi cerrado el acuerdo, para garantizar lo pactado, los realistas pidieron a el Habaquí que mostrase garantías de estar autorizado por Abén Aboo. Los sublevados entregaron los poderes del rey morisco, llevándolos de inmediato al campamento de don Juan. Finalmente se llegó a un acuerdo en los últimos días de mayo de 1570, desplazándose a Padules el Habaquí, en representación del rey morisco, y don Juan de Austria, en representación de Felipe II. En la ceremonia de reducción se rindieron armas y banderas y se suplicó la misericordia del rey. La concedió don Juan y garantizó la protección de los moriscos que se rindiesen. Entre otros muchos personajes fueron testigos de excepción el duque de Sessa, teniente general del reino de Granada, quien estaba acampado en Berja y se desplazó para aquel importante acto, y don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y lugarteniente de la flota, que estaba en Almería y también se trasladó en aquellos días a Padules.

Tras la ceremonia de las Paces don Juan se trasladó a Codbaa, actual municipio de Fuente Victoria, donde volvió a realizarse la ceremonia de reducción –ahora desde el lado morisco–, y se mantuvo en esta villa un largo periodo para seguir el proceso. Uno de los mayores problemas se produjo a partir de junio, y consistió en repatriar a los turcos y berberiscos, que eran los que dislocaban la situación. Por ello don Juan mandó construir un nuevo campamento en el que permaneció hasta el mes de agosto, fecha en la que salió por el puerto de

la Ragua hacia Granada. De allí marcharía a Madrid, dejando la capitanía general en manos de don Luis de Requesens.

Estas negociaciones no terminaron con la guerra, porque aunque se redujeron muchos, no se pudo acabar de pacificar a todos: el ala radical morisca, junto con los turcos interesados en mantener el conflicto, no reconoció el acuerdo. El propio Abén Aboo se desdijo de lo pactado y mandó prender a el Habaquí en agosto, ordenando su ejecución poco después. A partir de este instante se produjo la guerra total a sangre y fuego en la Alpujarra, con la entrada en septiembre de una nueva campaña de Requesens, y la resistencia quedó en manos de exaltados moriscos.

La expulsión de los moriscos almerienses

No todos los moriscos habían aceptado las paces: se resistían los más radicales y los turcos. El conflicto continuaba para los más exaltados que, mediante una nueva muestra de fuerza, tomaron el poder, lo que hizo que Abén Aboo se desdijese de lo pactado. En la Alpujarra se experimentó un renovado impulso guerrero en donde el caos volvió a reinar, pues los moriscos que aceptaban lo tratado eran atacados: Moxcalán, que estaba instalado en Vélez de Benaudalla; el Muezin, en el área de Motril y Almuñecar; y el Picení de Berja, que animaba a la huida al norte de África, se convirtieron en un verdadero obstáculo para la paz.

Un aspecto muy importante para pacificar el territorio almeriense fue la salida del frente de los turcos, quienes empezaron a concentrarse en el castillo de Castell de Ferro, desde donde se pretendía trasladarlos al otro lado del Mediterráneo. Sin embargo, los sucesos bélicos lo imposibilitaron. Se llegó a intentar una nueva ofensiva en el sector almeriense el 6 de mayo de 1570, centrada en la sierra de los Filabres, a cargo de Abén Mequenum y Andrés Aragón, conocido como *el Negro de Almería*, aunque fue infructuosa.

Preocupado por una nueva escalada bélica, don Juan de Austria intentó negociar con El Habaquí un nuevo pacto en julio. Pero en cuanto tuvo noticia de ello, Abén Aboo lo mandó ejecutar y envió nuevos embajadores a Berbería para renovar la alianza con los turcos. Don Juan de Austria había abandonado las Alpujarras a principios de agosto, con objeto de ocuparse en

otros importantes negocios de la monarquía. De modo que para acabar con esta tenaz resistencia no hubo más remedio que organizar una nueva campaña militar. Así, el 2 de septiembre de 1570 don Luis de Requesens, nuevo capitán general del reino de Granada, entró a sangre y fuego en la Alpujarra, consiguiendo la rendición de los que quedaban.

A pesar de estar atrincherados en los cerros, los moriscos sufrieron de manera continuada una serie de asaltos cruentos. En marzo de 1571 Abén Aboo moriría a manos de los suyos. La guerra terminó así, si bien es cierto que muchos moriscos huyeron a la sierra, donde se convirtieron en monfíes organizados en cuadrillas que continuarían el hostigamiento contra los cristianos durante todo el proceso de repoblación posterior. Este fenómeno fue especialmente intenso en las tierras almerienses, donde sobresalieron monfíes como Francisco el Cacin, que asoló la sierra de Gador y el rio Almanzora; García el Caizar, en los Filabres, y Alonso de Aguilar el Joraique, quien tuvo en jaque a las tropas cristianas desde la sierra de Gador hasta la Axarquía almeriense.

Tal era el peligro generado por estos restos del ejército morisco, que debieron mantenerse fuertes patrullas de soldados para proteger el territorio y garantizar los caminos a los nuevos pobladores que llegaban a repoblar la provincia. En el caso de el Joraique, desde la Chancillería de Granada se avaló un pacto para que este monfí saliese del reino con un salvoconducto en abril de 1573 rumbo a Tetuán. Meses después retornaría como pirata para asestar asaltos contra la costa almeriense, dando lugar al resurgir del antiguo problema del corsarismo que, al igual que el Joraique, fue fomentado por otros moriscos huidos a Berbería. Un ejemplo señero fue el caso de Cuevas del Almanzora, cuando el Dogali, en



▲ La expulsión de los moriscos. Gabriel Puig Roda (1894)
Oleo sobre lienzo. Museu de Belles Arts de Castelló.

noviembre de 1573, saqueo la ciudad y sometió a casi toda la población a la esclavitud. Este fenómeno, que se repitió una y otra vez, llevó a que toda la provincia se armarse, especialmente los repobladores, a los que se les obligó a portar armas como condición para obtener suerte de población, así como a fortificar la costa.

En otros muchos casos, la geografía estratégica litoral obligó a la presencia continua de militares en fortalezas y castillos. Estas guarniciones tenían la misión de servir de puntos medios entre las ciudades y villas costeras, apoyando su acción defensiva y corriendo la tierra en los rebatos de las torres vigías. El poblamiento escaso en estos puntos costeros no podía ser de otra forma, pues minúsculas vegas, escasez de agua y terrenos abruptos no permitían otro tipo de hábitat. Todo esto condicionaba un poblamiento muy precario, de no ser por los intereses estrictamente militares que los hacían depender totalmente de las ciudades o villas de su gobernación o distrito. Los castillos y la fortaleza de Adra sirvieron como presidios, al igual que otros mu-



▲ **Embarque de los moriscos en el puerto de El Grao.**
Óleo, Pere Oromig (1613)
Cuadro perteneciente a un conjunto de siete lienzos encargados por el rey Felipe III, en 1612, apenas tres años después de la expulsión de los moriscos valencianos.



En estos lienzos se recoge con extraordinario realismo, desde el embarque de los moriscos en los puertos del Levante hasta su deportación al puerto norteafricano de Orán.

chos, como los que hubo en Mojácar, Níjar o Vera. Los presidios eran verdaderos fuertes solitarios habitados por soldados que dependían totalmente del exterior, y representaban en toda su precariedad la presencia continua de pobladores en una verdadera zona de frontera. Este estado convirtió a la costa en un área de alarma permanente muy propia de los territorios fronterizos. Sólo las grandes villas y ciudades contaron con contingentes poblacionales en sentido estricto.

Repoblar el interior era una tarea difícil, pero necesaria para superar el problema morisco y reactivar la economía. Se favoreció la presencia de militares– repobladores, siendo un ejemplo paradigmático la familia Murillo Velarde en Laujar de Andarax. El gran problema del interior eran los monfíes, pues la táctica de guerra de guerrillas utilizada antes, durante y después del levantamiento era un elemento difícil de controlar. Ciertamente el ejército convencional se veía impotente al ver cómo salía de cualquier lugar una partida de salteadores y desaparecía en el monte con la facilidad característica de las personas que tienen un conocimiento del terreno y se han adaptado al mismo.

En otro orden de cosas, los moriscos de paces veían como sus tierras se les habían incautado injustamente. Estas desesperadas gentes agravaron el problema granadino, pues se unieron irremediablemente a los restos del ejército morisco que no se rindió, formando ambos contingentes las partidas de monfíes que actuaban en la tierra con total impunidad y crueldad, quizás por ser este grupo el más dolido por la injusta medida real, que entregó en manos de los repobladores sus casas y tierras sin atender a su actitud pacífica en la contienda.

La solución al problema interior pasaba por hacer frente a los monfíes, aunque sin conocer sus escondrijos y lugares de ataque difícilmente podrían ser eliminados.

Era, pues, de todo punto prioritario la ocupación de las tierras, ya que la mejor forma de defender un pueblo son sus habitantes. Para alcanzar este objetivo tan repetido en este artículo, el Consejo de Población creado por el rey y la capitanía general diseñaron un amplio plan de acción centrado en dos objetivos consecutivos: el primero daba protagonismo al ejército, el cual debía ocupar los puntos estratégicos y facilitar el flujo poblacional; mientras que el segundo objetivo – terminado el primero– era organizar la defensa del territorio con los repobladores.

Todo aquel morisco que podía huía a África, y los que permanecieron fueron deportados por los territorios peninsulares, quedando otros malviviendo escondidos en las montañas y sufriendo una caza continua. De esta manera se despobló el reino de Granada, calculándose para el caso almeriense en unos 50.000 los expulsados, que se distribuyeron por la península como castigo y cuyos bienes, por delito de lesa majestad, quedaron incautados y pasaron a patrimonio del rey. Puede decirse que en marzo de 1571 había concluido la guerra con el asesinato de Abén Aboo a manos de los suyos, con lo que culminó la aventura morisca de restaurar el antiguo reino nasrí. Fue, en fin, una guerra dentro de una guerra; no sólo por la contienda entre cristianos viejos contra cristianos nuevos, sino por la propia confrontación entre moriscos moderados frente a radicales.

La expulsión de los moriscos llamados de paces se llevó a cabo por etapas para evitar una histeria colectiva entre la comunidad. Los primeros en salir fueron los moriscos granadinos a finales de junio de 1569, reasentados entre Andalucía oriental y La Mancha. A estos se unirían más tarde los de la vega granadina, recolocados en marzo de 1570 en Almagro y campo de Montiel.

Fueron los primeros experimentos para abrir paso, a partir de noviembre de 1570, a todos los demás. En





el caso de los almerienses, se les reubicó en zonas del reino de Castilla, de Toledo, en Córdoba, especialmente las gentes del río Almanzora, Sorbas, Lubrín y Bédar. Otros fueron a la zona de Albacete, sobre todo los moriscos de la zona de los Vélez y parte de los del río Almanzora. Otros marcharon a Sevilla trasladados en barcos, concretamente los moriscos del río Andarax y Alpujarra.

Con su expulsión del reino de Granada no acabó el rechazo de los moriscos. Los habitantes de los reinos españoles miraban con recelo a los nuevos vecinos, les repelían y les veían como a unos rivales que les quitaban su trabajo, toda vez que, con su economía, bajaban los precios. Su austeridad y laboriosidad les llevó en muchos casos a volver a resaltar en sus nuevas vecindades, generando no pocas envidias y rechazo de los cristianos viejos. Finalmente Felipe III, el 9 de abril de 1.609, decidió la deportación de los moriscos de España. La expulsión empezó por Valencia, y los preparativos se realizaron en secreto. Tras la expulsión de los moriscos valencianos se realizó la de los de Aragón. En los reinos de León y Castilla la tarea fue más compleja, puesto que estaban mucho más dispersos. Como consecuencia de esto, el proceso fue mucho más extenso en el tiempo y duró tres años más (de 1611 a 1614), lo que trajo consigo que algunos consiguieran eludir su salida y pudieron permanecer en España.

¿Qué moriscos se quedaron? En primer lugar unas pocas familias consideradas cristianas viejas y pertenecientes a las élites que, como ya se ha referido, vivían en las ciudades. En segundo lugar un conjunto de hombres

◀ **Cristiana vieja con repostería morisca. Fotografía de Francisco Bonilla (Recreación histórica Padules1570)**
Los granadinos constituyeron dentro de los moriscos españoles un grupo fácilmente identificable por su subrayado carácter cultural.

y mujeres, libres o esclavos, que eran básicos para la economía local (cañeros, sederos…). Desarrollaban los peores trabajos que los nuevos repobladores no estaban dispuestos a realizar -nadie abandona voluntariamente su tierra de origen para vivir peor que en aquélla. Esta pequeña proporción de moriscos se terminaría diluyendo en la Almería de cristianos viejos.

La tragedia de los moriscos exiliados a lo largo de toda la Península nos muestra con toda su crudeza la esquilmación de esta minoría. Incluso los bienes que escondieron en las sierras almerienses fueron objeto de búsqueda desesperada por los buscadores de tesoros, evidencia de la avidez mostrada por los vencedores de la guerra, quienes pretendían quedarse con cualquier atisbo de riqueza. La obsesión por los tesoros moriscos (tesorillos) envolvió la posguerra en un halo de misterio. De esto no escapó ni el propio Felipe II, quien ya en 1570 había ordenado catalogar estos tesoros escondidos como propiedad real (regalía).

Tan pronto se produjo la deportación morisca, Felipe II ordenó una repoblación general del reino de Granada con el fin de suplir el vacío demográfico ocasionado, lo que supuso el fin definitivo de la Almería musulmana y morisca y de su cultura. Los repobladores cristianos viejos que venían de todos los rincones de la Corona echaron raíces aquí y son la base cultural de la actual tierra almeriense. Este movimiento migratorio asentó en 1574 a alrededor de 47. 600 repobladores, de los que 6.798 vecinos quedaron en las Alpujarras. Los nuevos pobladores se asentaron con sus casas y sus tierras a través del proceso de apeo y repartimiento que organizó Felipe II, con lo que a partir de este instante quedaba borrado cualquier atisbo del periodo anterior y nacía una nueva etapa histórica.

VALERIANO SÁNCHEZ RAMOS

Historiador y profesor, miembro del Instituto de Estudios Almerienses, del que fue su director (2004-2007). Es académico de número de la Academia Andaluza de la Historia (2016), siendo su discurso de ingreso sobre la campaña de don Juan de Austria y las paces de los moriscos.

Ha participado en multitud de conferencias en el ámbito nacional e internacional y es autor y coautor de varios libros y capítulos de libros colectivos relacionados con los moriscos, así como artículos en publicaciones científicas con la moriscología, la historia de las mentalidades e historia indiana. Por su labor ha recibido varios reconocimientos provinciales e interprovinciales



CARLOS VILLORIA PRIETO

Es Doctor en Filosofía y Letras (Geografía e Historia) por la Universidad de León. Profesor de Historia en el Instituto Provincial de Educación Permanente de Almería y Profesor-Tutor en la Universidad Nacional de Educación a Distancia en su centro de Almería. Miembro del Instituto de Estudios Almerienses y jefe de su departamento de Historia..

Ha impartido cursos, dictado conferencias y realizado numerosas estancias investigadoras en Universidades y organizaciones extranjeras de reconocido prestigio en una quincena de países de Europa, Asia y el continente americano (Manila, Bloomington, Roma, Bremen, Budapest, Salerno, Riga, Nicosia, Reykjavik, etc.).

Ha participado a su vez como autor y coautor en varios capítulos de libros de relevancia sobre Historia y en numerosos artículos de revistas centrando sus investigaciones en Hispanoasia, la religiosidad popular e historia de las Alpujarras.

En la noche de Navidad de 1568 la población morisca de muchos pueblos de Almería se levantó contra la Corona española y la Iglesia Católica, a quienes consideraban fuentes de todas sus desdichas. A las discriminaciones sufridas por la comunidad se sumaron, en los años anteriores a la rebelión, la expropiación de tierras, la pobreza y la creciente represión inquisitorial.

El levantamiento de los cristianos nuevos, tras un conflicto largo y extenso por el territorio almeriense, en 1571 fue aplastado, quedando sus bienes expropiados y la población deportada fuera del reino de Granada.

La guerra de los Moriscos y la posterior expulsión de esta comunidad del reino de Granada marcarán para siempre a este territorio. Este hecho histórico puede calificarse como el episodio español de las contiendas de religión europeas, que explica la historiografía como el ejemplo más claro del polivalente enfrentamiento social en la Edad Moderna.

DIPUTACIÓN DE ALMERÍA
Instituto de Estudios Almerienses
40 ANIVERSARIO